

REVISTA MODERNA

DE MEXICO

1905

ZR — 3586

Revista moderna de México

ZR - 3586

Revista moderna de México

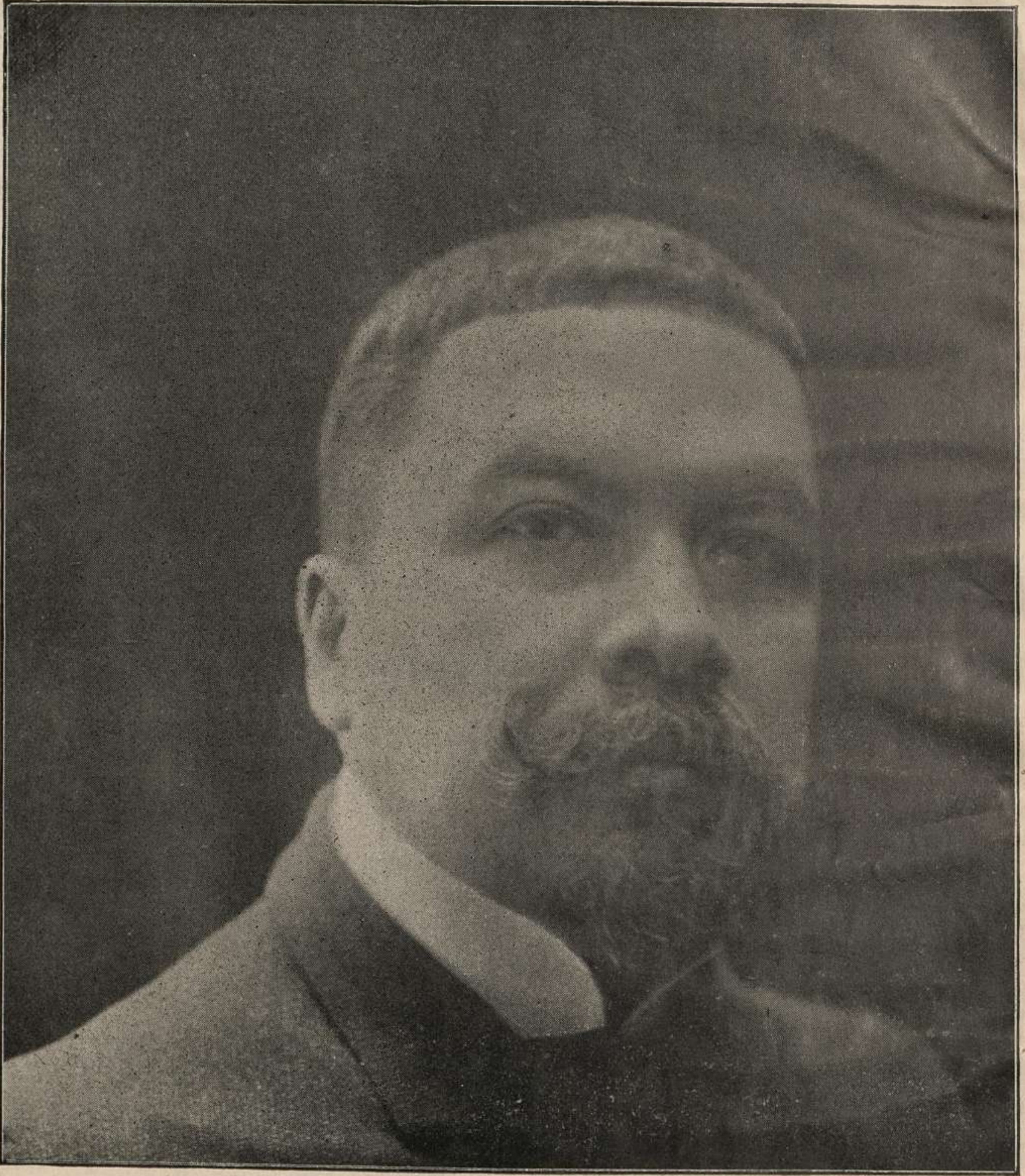
ZR-3586

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTERNACIONAL
04 FEB 2010
BIBLIOTECA HISPANICA
Hemeroteca



RUBÉN DARÍO.

ÚLTIMO RETRATO.





REVISTA MODERNA
DE
MEXICO

EL AÑO NUEVO DE PIERROT

1904.—1905.

Diciembre ha sido este año un fantástico y suntuoso pintor de crepúsculos, ducal decorador veneciano que en el cielo occiduo, ha agotado todas las fastuosidades del color y desmayado y hecho suspirar las más inefables cromatizaciones. . . . Negras volutas tempestuosas sobre ampos igniscentes de un «incendio del borgho,» vibrantes divisionismos de azul ceniza y verde veronés à la Segantini; cielos gris perla como frotados de fósforo, anaranjados y ultramares de lavado japonés, claroscuros de agua fuerte como de un Piraneso. . . . no hubo capricho, pompa ni esquisitez que el mágico pintor no ensayara, enturbiando con sus prestigios la cruda luz de los focos eléctricos, hasta hacerlos aparecer como grandes perlas glaucas y enfermas, escurriendo à la vera de nuestra gran avenida y uniéndose en la vasta perspectiva, allá en Chapultepec.

El encanto de los cielos prodigiosos

unióse à la melancólica poesía del fin de año con los ramajes reticulados de los enjutos árboles, con las cadentes hojarascas y los primeros fríos. Y el júbilo profano de las fiestas del año agonizante, en que ríe Francatripa ante el pregusto de los pavos cebados y el Almaviva de las vecindades recita empomados madrigales à la intención de Rosina —que cose en máquina,— tuvo una compensación, porque Pierrot miró al crepúsculo y el crepúsculo bañó con sus fanales milagrosos la intensa y blanca máscara de Pierrot. . . .

Entre ese júbilo, entre el ir y venir de las calles llenas de luz, frente à los aparadores hechos ascuas, Pierrot busca su rayo de sol, lo que pudo haberle traído Santa Clauss, su legítima parte de alegría, su «étrenne» de Navidad.

Pasa en vano por las barracas llenas de confiterías, de baratijas de posadas, de piñatas todas vientre —ay!— y elocuentes

como un símbolo. Pasa por el pórtico de un teatro que arroja á la calle como una náusea, un tropel, un gentío ahito de «Chin-Chun-Chan,» rememorándolo con silbidos que son como regueldos de un espeso y soez manjar. . . . Y piensa en la divina Italia Vitaliani muerta de frío en su teatro desierto, transfigurada de genio y de amor, haciendo esplender su noble máscara trágica, ante veinte espectadores avergonzados del crimen de los ausentes, que no se avergonzarán. . . .

Las charcuterías, llenas de orondos jamones, chorreando grasa, detienen ante sus aparadores más gente que los affiches, en que María Estuardo, «the queen of tears,» toda de negro, parece una falena de alas empapadas de llanto y en que Maria Antonieta, toda de blanco, junto á la sangre del cadalso, parece la hostia de un sacrificio ó la diáfana luna de negra tempestad.

Y ante el jamón fetiquizado y la divina actriz muerta de frío, la faz pálida de Pierrot arde en una escarlatina de indignación.

Aspirando la invernal fragancia de un manojo de violetas que se muere sobre un seno envuelto en pieles, el espectral peregrino se detiene por fin ante un aparador. Es una vitrina llena de libros de «étrenne,» de «new year's books,» grandes y pequeños, guardados como joyas en cajas que son casi estuches, esmaltados de colores ó luciendo breves títulos que son

como eficaces conjuros para las fiestas de la imaginación:

Poemas, E. A. Poe; Idilios del Rey; Reina del Aire; Los siete Océanos; La Dama del Mar. . . . y más allá; Album de Sem, de Capiello, de Steinlen, de Wilette. . . .

Deliciosas cubiertas de gamuza pirograbada; en una luce en medallón el rostro de Poe sellado por todos los dolores de la vida; la otra luce en fondo carmesí «gaufres» de oro luminoso. Aquí las fábulas de Lafontaine, ilustradas á la japonesa por artistas nipones, y junto, la vida de Cristo, la hagiología maravillosa que ilustró J. J. Tissot. . . .

Y más allá, en policroma ostentación las revistas de Noël, los magazines de Christmas y Año Nuevo, la «Life» aristócrata en que Gibson dibuja; el picaro «Assiette au beurre,» el «Figaro,» prócer, el enano «Chap book,» la «Jugend» fecunda y misteriosa, las «Hojas volantes,» el.

Pierrot entra á la tienda y un hondo placer lo transfigura. Puede «Herr Omnes» hartarse y Francatripa digerir. Al-maviva que escribe en máquina puede unirse á Rosina que lee á Escrich.

Pierrot «at home» entre libros intensos y magazines de gala, verá junto al fuego, llegar á Santa Clauss, y si entre su beatitud brota un suspiro será de dolor y de tristeza por la actriz divina llena de gloria y que se muere de frío. . . .

JOSÉ JUAN TABLADA.



J. RVELAS 1901

ASERRIN

¡Aserrín!

¡Aserrán!

Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan,
Los de Roque
Alfandoque,
Los de Rique,
Alfeñique,
Triqui, triqui, triqui, trán.

Y en las rodillas duras y firmes de la abuela,
Con movimientos rítmicos se balancea el niño,
Y ambos agitados y trémulos están;
La abuela se sonríe con maternal cariño,
Mas cruza por su espíritu, como un temor extraño,
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,
Los días ignorados del nieto guardarán.

Los maderos de San Juan,
Piden queso, piden pan!
Triqui, triqui, triqui, trán.

Esas arrugas hondas reflejan una historia
De sufrimientos largos y silenciosa angustia,
Y sus cabellos, blancos como la nieve están,

De un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
 Y con sus ojos turbios espejos que empañaron
 Los años, y que, ha tiempo, las formas reflejaron
 De cosas y de seres que nunca volverán.

Los de Roque, alfandoque,
 Triqui, triqui, triqui, trán.

Mañana, cuando duerma la anciana, yerta y muda,
 Lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
 Donde otros en la sombra desde hace tiempo están;
 Del nieto á la memoria, con grave són que encierra
 Todo el poema triste de la remota infancia,
 Cruzando por las sombras del tiempo y la distancia,
 De aquella voz querida las notas vibrarán.

Los de Rique, alfeñique!
 Triqui, triqui, triqui, trán!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la abuela
 Con movimientos rítmicos se balancea el niño,
 Y ambos conmovidos y trémulos están;
 Mas cruza por su espíritu, como un temor extraño,
 Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,
 Los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!

¡Aserrán!

Los maderos de San Juan
 Piden queso, piden pan,
 Los de Roque
 Alfandoque,
 Los de Rique
 Alfeñique,

Triqui, triqui, triqui, trán!

Triqui, triqui, triqui, trán!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

LA HERMANA ELENA

(POEMA)

—¿Por qué habéis derretido ese hombrecillo de cera, hermana Elena? Hace tres días que empezasteis.

—El tiempo ha sido largo; pero ya ha pasado el tiempo, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Tres días hoy entre el Infierno y el Cielo!*).

—Pues si habéis terminado ya vuestra faena, hermana Elena, dejadme jugar; me lo habéis prometido.

—Estate muy quieto al jugar esta noche, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Tres noches esta noche entre el Infierno y el Cielo!*).

—Me habéis dicho que debía derretirse antes del toque de visperas, hermana Elena; si ahora ya está derretido, todo va bien.

—Todo va bien; pero silencio! ¡Tú no puedes decir nada, hermanito!

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué es eso entre el Infierno y el Cielo?*).

—¡El hombrecillo de cera, cuánto pesaba hoy, hermana Elena! Se ha aplomado como un muerto.

—¡Anda! ¿Qué sabes tú de los muertos, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué se sabe de los muertos entre el Infierno y el Cielo?*).

—Mira, mira; el tarugo todo achicado, hermana Elena; brilla á través de la cera adelgazada y roja como la sangre.

—¡Anda! ¿Cuándo has visto tu sangre, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Cuán pálida está entre el Infierno y el Cielo!*).

—Cerrad los ojos; los tenéis enfermos, hermana Elena. Yo iré á jugar detrás de la puerta de la galería.

—Si; déjame descansar. Me acostaré en el suelo, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Que descanso esta noche entre el Infierno y el Cielo?*).

—Aquí arriba, por encima del balcón, hermana Elena, la luna sube delante de mí.

—Bueno; mira y dime lo que ves, hermanito.

—(*¡Oh madre! ¡Madre María! ¿Qué hay que ver esta noche entre el Infierno y el Cielo?*).

—Por fuera, el viento se despierta ale-

grememente, hermana Elena, y las estrellas húmedas tiemblan detrás de las trémulas ramas.

—¡Chist! ¿Has oído el galope de un caballo cuando hablabas, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué rumores esta noche entre el Infierno y el Cielo?*).

—Oigo el galope de un caballo y veo, hermana Elena, tres jinetes que avanzan terriblemente de prisa.

—Hermanito, ¿de dónde vienen los tres, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿De dónde vendrán entre el Infierno y el Cielo?*).

—Vienen por la pendiente de la colina, del lado de Boyner Bar, hermana Elena; el uno se acerca, los otros dos están lejos aún.

—Mira, ¿sabes quiénes son, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Quiénes serán entre el Infierno y el Cielo?*).

—¡Oh! Es Keith de Eastholm el que galopa tan aprisa, hermana Elena; reconozco la cimera blanca en el viento.

—Ha llegado la hora, ha llegado al fin, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Su hora al fin entre el Infierno y el Cielo!*).

—Hace una señal, ha gritado ¡hola! hermana Elena. Dice que quisiera hablaros.

—¡Oh! dile que temo el rocío helado de la noche, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Por qué ríe así ella entre el Infierno y el Cielo?*).

—El viento es ruidoso, pero le oigo gritar, hermana Elena, que Keith de Ewern va á morir.

—Él y tú, y tú y yo, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Ellos y nosotros entre el Infierno y el Cielo!*).

—Desde ha tres días está en su cama, hermana Elena, y en sus tormentos ora para morir.

—Eso puede ocurrir si él ha orado, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Sí, ha orado entre el Infierno y el Cielo!*).

—Pero no ha cesado de gritar hoy, hermana Elena, pidiendo que retiréis vuestra maldición.

—Mi oración ha sido oída: no tiene él más que rezar, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿No nos oirá Dios entre el Infierno y el Cielo?*).

—Pero dice que si no retiráis vuestra maldición, hermana Elena, su alma, que quisiera salir, no podrá.

—Entonces, ¿es necesario que yo mate á un hombre vivo, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Un alma viva entre el Infierno y el Cielo!*).

—Pero no cesa de repetir vuestro nombre, hermana Elena, y dice que se derrite delante de una llama.

—Por su placer, mi corazón ha hecho lo mismo, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El fuego es el corazón entre el Infierno y el Cielo!*).

—He aquí á Keith de Westhalm que galopa rápidamente, hermana Elena; reconozco su pluma blanca en el viento.

—Ve llegar la hora, la hora tan dulce, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Esta hora es dulce entre el Infierno y el Cielo!*).

—Detiénese para hablar, refrena su caballo, hermana Elena; pero su voz se pierde con el viento.

—Escucha, escucha, es menester que le oigas, hermanito.

--(*¡Oh, madre! Madre María! ¡Una palabra mal oída entre el Infierno y el Cielo!*).

—¡Oh! dice que Keith de Ewern pide á grandes gritos veros antes de morir.

—Puede verme en la tierra, en la luna y en el firmamento, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Tierra, luna y firmamento entre el Infierno y el Cielo!*).

—Envía una sortija y una moneda de oro quebrada, hermana Elena, y nos dice que os acordéis de las orillas del Boyne.

—Lo que ha quebrado, ¿lo puede unir, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Jamás, jamás entre el Infierno y el Cielo!*).

—Os las da y os pide humildemente, hermana Elena, que le perdonéis en su mortal sufrimiento.

—Lo que ha tomado de otro, ¿lo puede devolver, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Por nunca jamás, por nunca jamás, entre el Infierno y el Cielo!*).

—Os llama con tal angustia, hermana Elena, que aun el amor muerto lloraría al verle.

—El odio que ha nacido del amor es ciego como él, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El amor cambiado en odio, entre el Infierno y el Cielo!*).

—¡Oh! Es Keith de Keith que llega á galope, hermana Elena; reconozco sus cabellos blancos en el viento.

—Esta hora breve, breve, pronto habrá pasado, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Pronto habrá pasado entre el Infierno y el Cielo!*).

—Me mira, trata de hablarme, hermana Elena; pero su voz es triste y débil.

—¿Qué viene á buscar aquí el poderoso barón, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Es esto el fin entre el Infierno y el Cielo?*).

—Su hijo grita aún que si le perdonáis, hermana Elena; su cuerpo morirá, pero vivirá su alma.

—El fuego me perdonará como yo perdono, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Cómo perdona entre el Infierno y el Cielo!*).

—¡Oh! os ruega, como si su corazón fuera á desgarrarse, hermana Elena, que salvéis el alma viva de su hijo bien amado.

—El fuego no puede matar: el alma vivirá, sea como fuere, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Ay, ay, entre el Infierno y el Cielo!*).

—Os implora de rodillas en el camino, hermana Elena, que vayáis con él por el amor de Dios.

—El camino es largo hasta la morada de su hijo, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El camino es largo entre el Infierno y el Cielo!*).

—¡Oh! hermana Elena. ¿Habéis oído la campana, hermana Elena, más sonora que la campana de vísperas?

—No es la campana de vísperas: es que dobla á muerto, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Su doble fúnebre entre el Infierno y el Cielo!*).

—¡Ay! tengo miedo de ese són tan pesado, hermana Elena. ¿Es en el cielo? ¿Es bajo tierra?

—Dime, ¿han vuelto riendas á sus caballos, hermanito?

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Que quisiera ella más entre el Infierno y el Cielo?*).

—Han levantado al viejo arrodillado, hermana Elena; á toda prisa y apresuradamente se vuelven.

—Pero su alma, toda desnuda, vuela más aprisa aún, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El alma toda desnuda entre el Infierno y el Cielo!*).

—¡Oh! El viento es triste en este frío helado, hermana Elena; aparecen cansados y tristes en la colina.

—Pero él y yo estamos más tristes aún, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡La*

más triste de todas entre el Infierno y el Cielo!).

—¡Mirad, mirad! La cera ha caído, hermana Elena, y las llamas lo han invadido todo.

—¡Y, sin embargo, van á arder aún un instante más, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Un instante aún entre el Infierno y el Cielo!*).

—¡Ah! ¿Qué es eso blanco que ha pasado por la puerta, hermana Elena? ¡Ah! ¿Qué es lo que suspira en la noche fría?

—Un alma perdida, como está perdida la mía, hermanito.

—(*¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Perdido, perdido todo entre el Infierno y el Cielo!*).

DANTE GABRIEL ROSSETTI.

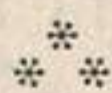


DE "LOS CREPÚSCULOS DEL JARDÍN"

EL BUQUE

Suena la hora: en traje de oro va la tarde á la ribera.
Sobre el brillo de las ondas una barca va á zarpar.
El oleaje brilla mucho, toda el agua reverbera.
¿Se habrá hundido algún tesoro bajo el vértigo del mar?
—No, que el mar en estos días no tragó ningún tesoro,
Dice el pálido remero que en la barca va á zarpar;
Es la tarde que á las olas arrojó puñados de oro.
¿Ignoráis, bella Señora, lo avariento que es el mar?

*Y mi alma canta: el amor glorioso
dora tus cabellos y tu seno tiene para
m' benevolencias reales.*



Suena la hora: en traje rojo va la tarde á la bahía.
Sobre el brillo de las ondas marcha un rápido bajel.
El oleaje está sembrado de sangrienta pedrería
Como un río de rubíes, y el bajel se va con él.
Bajo el palio de los pinos alguien canta un himno extraño,
Veis, Señora? en apariencia nadie guía ese bajel;
Pero todos aseguran que en Diciembre de cada año,
De aquí páрте, sin que sepan qué marinos van en él.

*Y mi alma dice: el amor carnal
esclarece tus mejillas y tu boca tiene
para mí vinos de púrpura.*

* * *

Suena la hora: en traje blanco va la tarde á la atalaya.
Sobre el brillo de las ondas vuela un negro bergantín.
El oleaje tiene espumas: sobre el sueño de la playa,
Cada ola, tristemente deshojando va un jazmín.
En las tristes lontananzas algo pálido agoniza. . . .
Hacia el lúgubre silencio vuela el negro bergantín.
Ah, Señora! ese suspiro de la mar que el viento riza,
Ha empapado en sus angustias vuestras manos de jazmín!

*Y mi alma piensa: el amor ajado
agota tu sangre y tu piel tiene para
mí suavidades castas.*

* * *

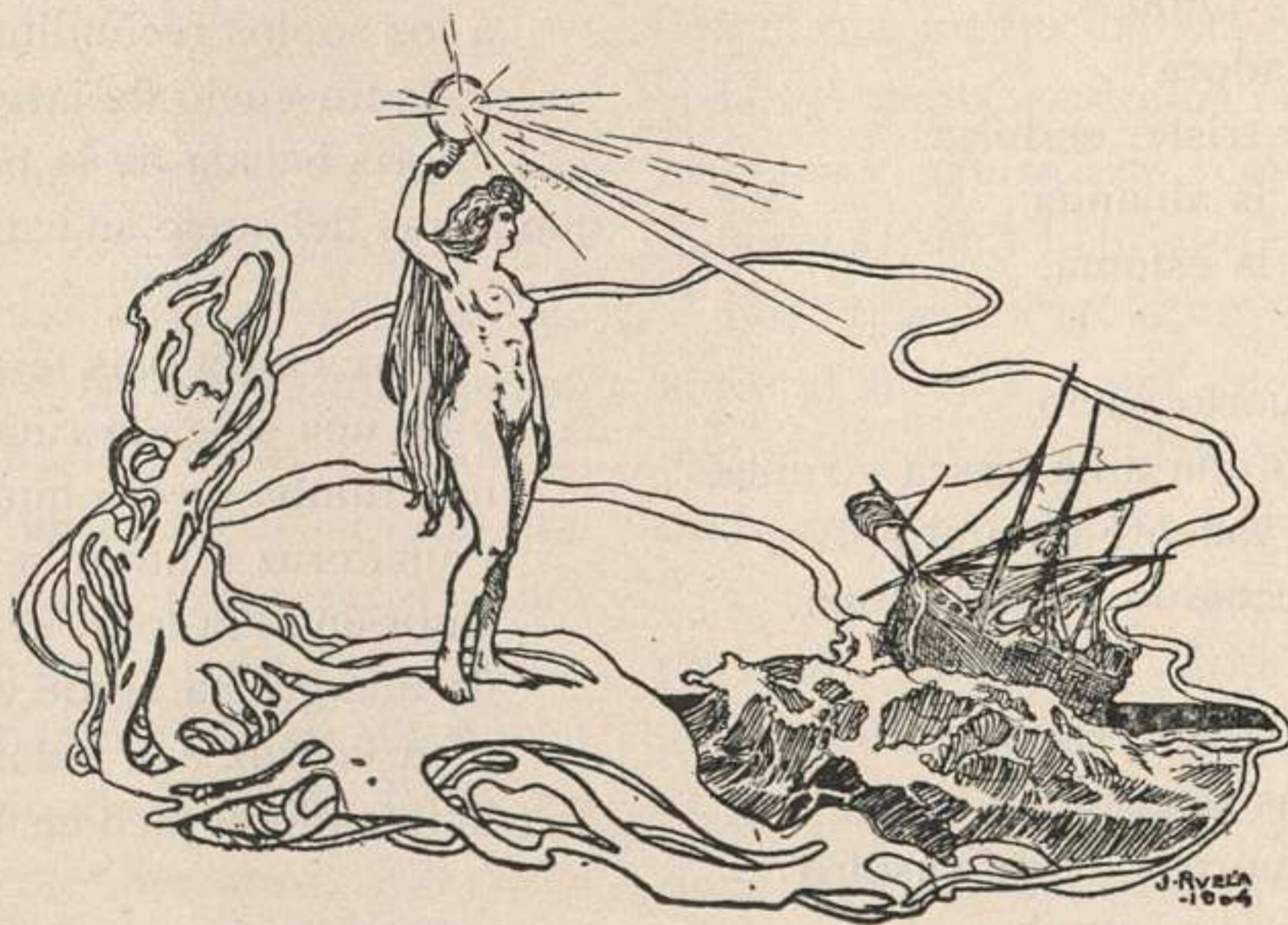
Suena la hora: en traje rosa va la tarde al horizonte.
Sobre el brillo de las ondas cruza un buque sin timón.
El oleaje está encrespado; la mar alta como un monte;
Flotan aves gigantescas en un fondo de ilusión.
En las nubes hay un crimen de oro y sangre, lentamente
Se sumerge en las distancias el navío sin timón. . . .
Ah, Señora! sobre el brillo zodiacal de vuestra frente,
Ha tendido sus dos alas el gran pájaro Ilusión!

*Y mi alma sueña: el amor perdido
apaga tus ojos y tu pie tiene para mí
abandonos de relicario.*

Suena la hora: va la tarde con su traje de violeta,
Á evocar junto á las ondas un miraje de Estambul.
Qué llorosa está la tarde, algo sufre, algo la inquieta;
Tiene lágrimas el fondo de su gran mirada azul.
En su traje que apacigua la soberbia de los mares,
Brotan limpias las estrellas de los cielos de Estambul;
Y como una fiel viüda que recuerda sus azahares,
Va extrayéndolas la tarde del lejano abismo azul. . . .

*Y mi alma llora. El mar está solo.
La nave ha partido. Señora. . . .
Apoyaos en mi pena.*

LEOPOLDO LUGONES.



LO QUE HAY EN MI ALMA AHORA

Mi alma está melancólica.
 Hay en ella una guzla
 que da lenta, lejana melodía,
 como una rosa mustia
 hecha de ritmos. Fluye
 s6n apacible y suave, como de unas
 notas de terciopelo:
 un sollozo mel6dico que arruya;
 un adi6s en las sombras de la noche
 se sacude las plumas. . . .
 Pena acariciadora
 que, con ser triste, endulza.
 La distancia la ablanda
 y el silencio la esfuma.

Hay un cuarto vacio
 donde muri6 una ni6a fresca y rubia.
 La mu6eca, yacente bajo el polvo;
 y el pa6al recogido entre la cuna.

Hay un cuarto cerrado
 donde apenas se escucha
 el zigzag rumoroso de un suspiro
 que vuela en la penumbra.

Una marina costa,
 como la tarde, triste, como el silencio muda,
 donde las olas mueren sobre la blanda arena
 como con un sollozo, como con una angustia;
 donde vence 6 lo lejos los pe6ascos
 en que rompen las olas vagabundas
 que van prendiendo en la ribera opuesta
 una callada floraci6n de espumas.

Hay una choza en solitario monte.
 El humo, lento, por el aire ondula,
 y empa6a el cielo, como azul pupila
 que, al brotar de una l6grima, se anubla....

Una triste mudez. La tarde expira
 en un esfume de 6palo. Y es una
 selva sombría y honda y melanc6lica. . . .
 do apenas se oye entre la fronda obscura,
 6 los soplos rec6nditos del viento,
 y en un vuelo de larvas errabundas,
 la gris balada de la hojas muertas
 que al ras del suelo su canci6n modulan....

Hay en un pa6s lejano
 y en una sesgada ruta
 una tumba medio hundida
 y una cruz junto 6 la tumba.
 Cubriendo la fosa, el manto
 de una grama verde y h6meda;
 y en la cruz una paloma
 limpiando el pico en las plumas.

Y hay un eco de fuentes
 que en el silencio nocturnal murmuran;
 un viento suave que las hojas besa;
 y, entre un marco de l6brega verdura,
 el dormido silencio de un estanque
 en donde est6 ba66ndose la luna. . . .

SANTIAGO ARGÜELLO.

(Le6n, 1904).

EL ABRAZO DE AÑO NUEVO

Había en el hogar que abrigó mi infancia, bajo cuyas alas me acogí como un polluelo abandonado en la noche de la vida, una anciana que había sido hermosa en su juventud, que había brillado entre la garzonia de los buenos tiempos de Santa-Anna, y había sido cortejada por brillantes jóvenes que ahora sorbían su rapé en las frescas mañanas de invierno, rodeados de sus nietos.

Recuerdo, vagamente, que Rosalía, á quien nosotros llamábamos la madrina Rosa, tenía una sonrisa de luz en sus ojos aún hermosos, y una trenza de nieve que hacía palidecer de envidia á las muchachas.

Pero la pobre no tenía más. . . . ¡ah, sí, poseía un tesoro, un amuleto sagrado que quitaba de su corazón los pesares como un sueño bienhechor. Todos los años, Rosa ponía su «Nacimiento;» paramentaba su portal de Belén, donde acostaba un Niño Dios adorablemente hermoso, *El Niño Dios de Rayas*, que, en lejanos tiempos, había sido el patrono y el encanto del rico mineral guanajuatense.

Era un Dios niño esculpido maravillosamente por un artista ignorado, en una actitud de supremo consuelo; cuando lo cogíamos en brazos, como á los niños pequeños, su bracito ebúrneo rodeaba nuestro cuello, aprisionándonos en un abrazo

que nuestra infantil imaginación tenía por celestial. Ese Dios niño era la única joya de la madrina Rosa, y por eso, como una prueba augusta de su cariño, todos los días primeros del año nos llamaba, á nosotros los niños nada más, á los de corazón puro y alma límpida, y bajando al Niño Dios de su lecho de pajas lo ponía en nuestros brazos, sellaba nuestra alianza con él por medio de esta encantadora caricia, y, luego, nos daba un puñado de caramelos y azucarillos, con el orgullo de habernos hecho dichosos por todo el año. . . .

Los tiempos volaron, mi corazón se abrió al amor y al mal, mi espíritu se ennegreció con la nublazón horrible de la duda, mis esperanzas tendieron el vuelo. . . .

Y con el alma enferma emigré á otras regiones, y perdí los últimos destellos de amor que había salvado.

Después de diez años torné al hogar querido y lo hallé triste, porque las pasiones habían despertado en los corazones que yo había dejado niños.

Volví á huir, acaso para siempre; la lucha me llamaba con gritos fatídicos y atronadores, y yo cerré mi corazón á las viejas afecciones y desaparecí. . . . !

—Cuando pases por Guanajuato, haz una visita á la madrina Rosa.

Prometí hacerlo, y, apenas llegué á la

orgullosa ciudad, corrí por una callejuela de Tepetapa, pregunté, inquirí, y con el corazón palpitante llamé á una puertecita humilde. Entré, y en la única pieza que era alcoba y sala hallé á Rosalía, la garrida muchacha de los tiempos de Santa-Ana; pero, ¡en qué estado!

Sus piernas estaban baldadas; su cabellera blanca había desaparecido casi, y sólo era un copo de nieve sobre su cabeza venerable. Apenas se acordó de mí, y, después de platicar un poco de los tiempos que habían huido, me despedí haciéndola un pequeño regalo. Su corazón se abrió á cariños apagados y muertos, bien se veía esto en sus ojos que brillaban de alegría, y no hallando cómo obsequiarme, volvió los ojos y señalando un pequeño altar de Belén, me dijo gozosamente:

—¿Te acuerdas?

¡Oh, sí! Allí estaba el *Niño Dios de Rayas*, en su lecho de pajas, con sus ojos pensativos y su bracito pidiendo un cuello amigo para estrecharlo. . . .

La anciana se arrastró penosamente, lo

bajó con su mano trémula y, haciendo que me inclinara, lo puso en mis brazos.

Entonces sentí algo inexplicable en mi corazón; un paisaje que aparecía al volar las brumas que se habían acumulado sobre mi alma precita. . . . algo que me sacudía hasta lo más hondo de mi ser, y me derrumbaba al golpe formidable de lo invisible. . . .

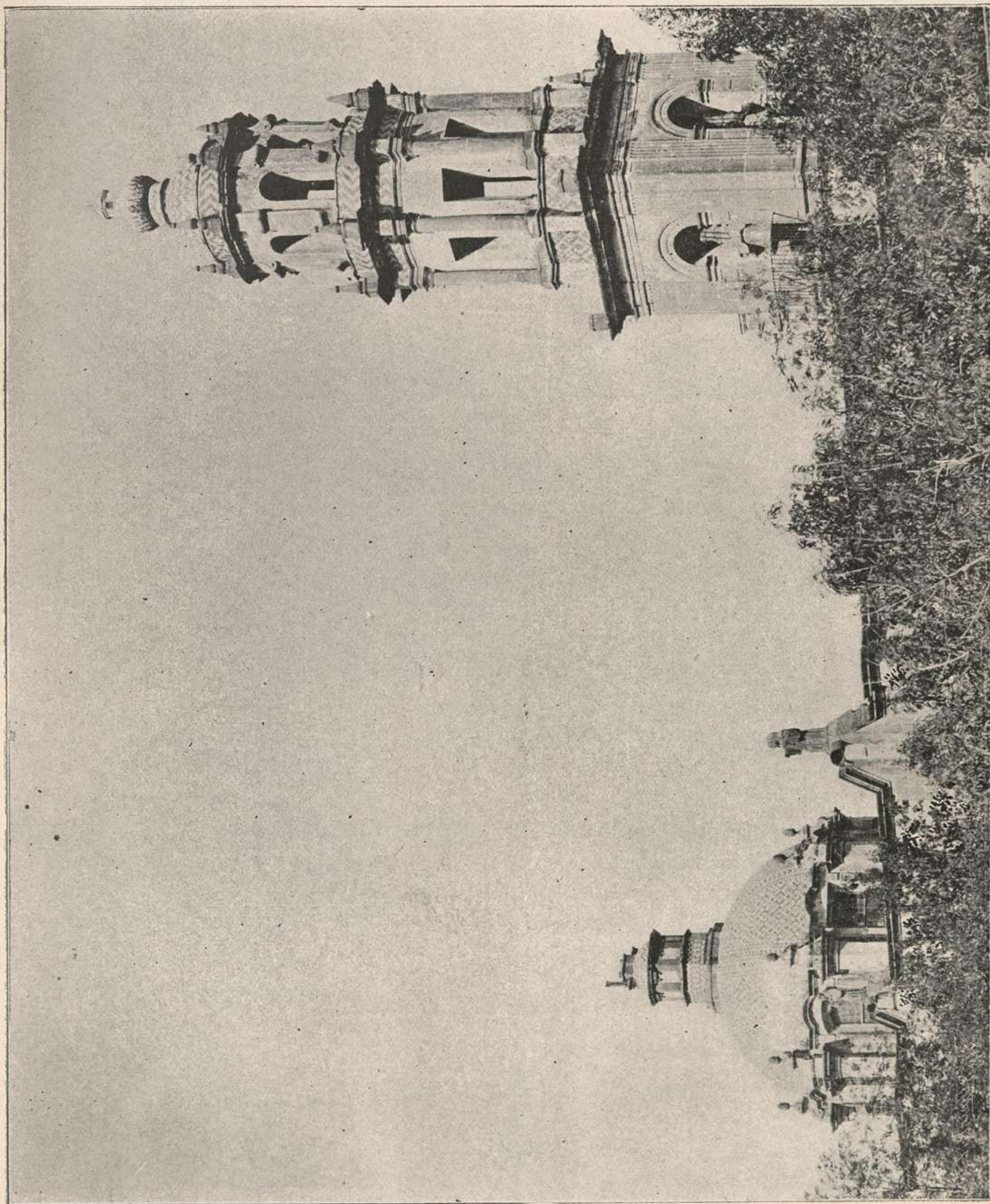
El paisaje de mi niñez apareció radiante y vivido, y, al sentir el abrazo sagrado que tantas veces me había dado la felicidad, una voz dulcísima arrullaba en mi alma con arrullo de palomas:

—Tú eras bueno y eras humilde, no eras ambicioso, ni la maldad te había manchado. . . . ¿Por qué te has olvidado de mí?. . . . Ya ves que siempre, en cualquier momento de tu vida, soy tu amigo, porque mi inocencia no sabe nada de lo que me has ofendido. . . . tu corazón es un abrevadero de pesares, porque te ha faltado mi abrazo de año nuevo. . . . ya ves cómo la única felicidad consiste en volver á ser niño!

RUBÉN M. CAMPOS.



NUESTRO MÉXICO.



Iglesia de Santa Clara.—Querétaro.

EN EL BAILE

En las ondas azules del Danubio
se acuesta tu alma. . . . y mi caricia tiende
á tus cabellos donde el sol esplende
lustrando el oro de tu pelo rubio.

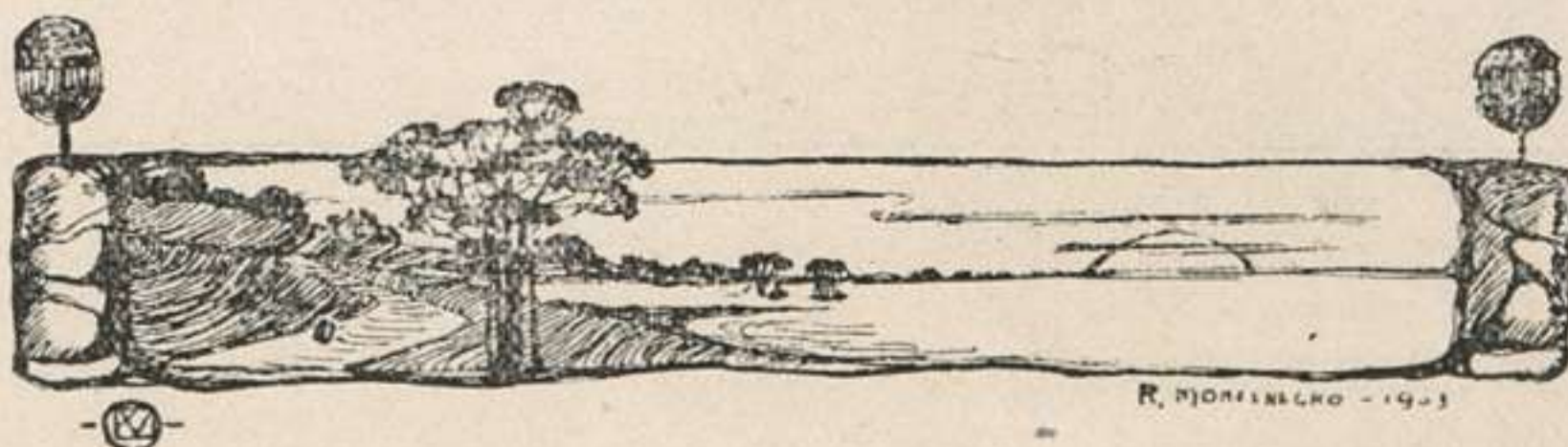
De tu seno, de aromas un diluvio,
en mi sangre un ardiente afán enciende;
se embarca en tu alma mi cariño y hiende
tus rizos, como al soplo de un efluvio. . . .

. . . . «¡Te amo!» Y tu sonrisa se evapora
como una nube al despuntar la aurora. . . .
Preludia el wals una tristeza vaga;

¡y pienso que en tu frente que enamora
no se esconde la cláusula canora
que hecha luz en tus ojos no se apaga! . . .

EMILIO VALENZUELA

Diciembre de 1904.



OTRAS VIDAS

LA ÚLTIMA GUERRA.

I

Tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar Revolución Cristiana, que, en modo tal, modificó la sociedad y la vida en todo el haz de la tierra; la Revolución Francesa, que, eminentemente justiciera, vino, á cercén de guillotina, á igualar derechos y cabezas, y la Revolución Social, la más reciente de todas, aunque remontaba al año dos mil treinta de la Era Cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la universalidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos, y que, de una manera tan radical, reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, de suerte que, en adelante, ya no pudo decirse sino: Antes de la Revolución Social; después de la Revolución Social. Sólo haremos notar que, hasta la propia fisonomía de la especie, merced á esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que antes de la revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente á las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios, á saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían

dedos afilados, largos, de una delicadeza superior al pétalo de un jazmín, en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza y del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de éstos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario á decir verdad, y, más bien, formado por una callosidad semi-articulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, á lo que se cuenta, la diferencia de las clases, y mucho temeríamos fatigar la paciencia del lector, enumerándolas. Sólo diremos, que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transetereolunares, etc., cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado á la atrofia absoluta de éstas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían á sus domicilios en pequeños carros eléctricos, especiales, usando de ellos para cualquier translación personal. La Revolución Social había, empero, cambiado de tal suerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los años, y, en el año tres mil quinientos dos de la Nueva Era (ó sea cinco mil quinientos treinta y dos de la

Era Cristiana), no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La Revolución Social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anticipación de muchos siglos. En realidad, la Revolución Francesa la preparó; fué el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades, que empezó con la Revolución Cristiana; pero, hasta el siglo diez y nueve de la Era Cristiana, empezó á definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. El año de esta Era, mil novecientos cincuenta, murió el último rey, un rey del Extremo Oriente, visto como una positiva curiosidad por los hombres de aquel tiempo. Europa, que, según la predicción de un gran capitán (á decir verdad, considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo veinte (post. J. C.), «tendría que ser republicana ó cosaca,» se convirtió, en efecto, en el año de mil novecientos catorce, en los «Estados Unidos de Europa,» Federación creada á imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante, y que, en aquel entonces, ejercían en los destinos del viejo continente una influencia omnimoda).

II

Pero, no divaguemos: ya hemos usado más de tres cilindros de fonotelerradiógrafo en pensar estas reminiscencias,¹ y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

¹ Las vibraciones del cerebro, al pensar, se comunican directamente á un registrador especial que, á su vez, las transmite á su destino.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero la humanidad, acostumbrada á una paz y á una estabilidad incommovibles, así en el terreno científico, merced á lo definitivo de los principios conquistados, como en el terreno social, gracias á la maravillosa sabiduría de las leyes y á la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era vigilancia y cautela, y, á pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban á punto de producirse.

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes, se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero ya expresivo y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende: los seres vivientes estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la clase superior, la *élite*, como si dijéramos, del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente á través de los milenarios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve á los mamíferos, sobre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien, la *élite*, el hombre, hubiera juzgado indecoso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales, llamados «inferiores.»

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad, era completa; pues, aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia á dos ó tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más pesados, como los de la cocina (preparación de pastillas é inyecciones de jugos), el aseo de la casa, el cultivo de la tierra, etc., no

era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, ó sea el del hombre, que se les hacía aprender.

En tercer lugar, la dulzura del yugo á que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo, en sus centros de reunión, los días de descanso, centros á los que era raro que concurriese hombre alguno.

III

¿Cuáles fueron las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han ensangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la Revolución Francesa; las mismas que ocasionaron la Revolución Social; las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia á la igualdad de prerrogativas y de derechos, y la aspiración á lo mejor, latente en el alma de todos los seres. . . .

Los animales no podían quejarse por cierto: el hombre era para ellos paternal, muy más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revolución Francesa. Obligábalos á desempeñar tareas relativamente rudas, es cierto; porque él, por la excelencia de su naturaleza, se dedicaba, de preferencia, á la contemplación; mas un intercambio noble y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte, el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos y, por otra, el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella pugna que iba á hacer época en los anales del mundo.

Para que los que oyen esta historia

puedan darse una cuenta más exacta y más pintoresca, si vale la palabra, de los hechos que precedieron á la revolución, á la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos hacerlos asistir á una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores y que, cumpliendo la profecía de un viejo sabio del siglo diez y nueve, llamado Eliseo Reclus, se había convertido, por su posición geográfica en la medianía de América y entre los dos grandes océanos, en el centro del mundo.

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos, en el que éstos se reunían los días de fiesta, y, casi pegado al gimnasio, un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo tres de Agosto de cinco mil quinientos treinta y dos, la asamblea en cuestión.

Presidia Equus Robertis, un caballo muy hermoso por cierto, y el primer orador designado era un propagandista célebre en aquel entoces, Can Canis, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir, que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced á transmisores especiales que registraban toda vibración, y la transmitían sólo á aquellos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos éstos ya hoy en desuso, por poco prácticos.

Cuando Can Canis se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse, por todas partes, rumores de aprobación.

«Mis queridos oyentes,—empezó Can Canis:

«La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta, y hasta su huella desaparecerá con él. Entonces, seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos á serlo, mejor dicho; pues que primero que nadie lo fuimos, en el albor de los milenarios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas vírgenes, y de que su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah! todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el recuerdo orgánico, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol, enmarañado aun de llamas á la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor, en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba á la pereza y á la beatitud. El Mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejidos de algas y de madreporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes y, en las noches, una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La Luna, todavía joven y lozana, estremecida por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio, y á su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león *saepelius*, el auroch erguía su bosque de cuernos graciosos entre las breñas, y el mamout contemplaba el perfil de las montañas, que le fingían el dorso de un compañero gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colosales, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su re-

poso más que por el rumor sonoro del mar genésico que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo. . . .

«¡Cuán felices fueron nuestros padres en el nido, caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabellera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño! ¡Cuán felices! A sus rugidos, á sus gritos inarticulados respondían sólo los ecos de las montañas. . . . Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrumanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que, más frecuentemente que los otros, se enderezaban y mantenían en posición vertical; cuyo vello era menos áspero; cuyas mandíbulas eran menos toscas; cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes, y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y misteriosa, que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables. . . . ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantesco exterminarlos para siempre! . . . y de hecho, ¡cuántas veces, cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mamouts, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbre, y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; ó bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego custodio desaparecía, entraba al campamento y se ofrecía un festín de succulencia memorable. . . . A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrumanos, aquellas bestezuelas frágiles de ojos misteriosos, que sabían encender el fuego, se multiplicaban, y un día, día nefasto para nosotros, á un macho de la horda se le ocurrió, para defenderse, echar

mano de una rama de árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los gorilas nunca soñaron hacerlo. Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fué su cetro, el cetro de rey que le daba la naturaleza. . . .

«¿A qué recordar nuestros largos milenios de esclavitud, de dolor y de muerte? . . . El hombre, no contento con condenarnos á las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba á la vivisección y á martirios análogos; y las hecatombes seguían á las hecatombes, sin una protesta, sin un movimiento de piedad. . . . La naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos á perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de su ley, y, á través de los siglos, algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que á veces llameaba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, á quien un sabio llamaba en el siglo diez y ocho (post. J. C.) «un candidato á la humanidad,» del caballo, del elefante ó del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro ser, hasta que, pasados siglos y siglos, floreció en indecibles manifestaciones de vida cerebral. . . . El idioma surgió tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que ya no había brutos sobre la tierra; por segunda vez, en el curso de los tiempos, Dios pronunció un «*fiat, et homo factus fuit.*»

«No vió el hombre con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubo de aceptar los hechos consumados,

y, no pudiendo extinguirla, optó por utilizarla. . . . Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos llama á participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos. . . . y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida. No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres. . . . Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo; por eso pensamos y maquinamos, hace muchos siglos, nuestra emancipación; y, por eso, muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo, y definiendo la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra. . . .»

Así habló Can Canis, y éste fué, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

V

El mundo, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos; se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantoso, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del rádiom utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire,

los proyectiles inyectores de microbios, los choques telepáticos. . . . todos los factores de combate de que la humanidad se servía en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella guerra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre. . . .

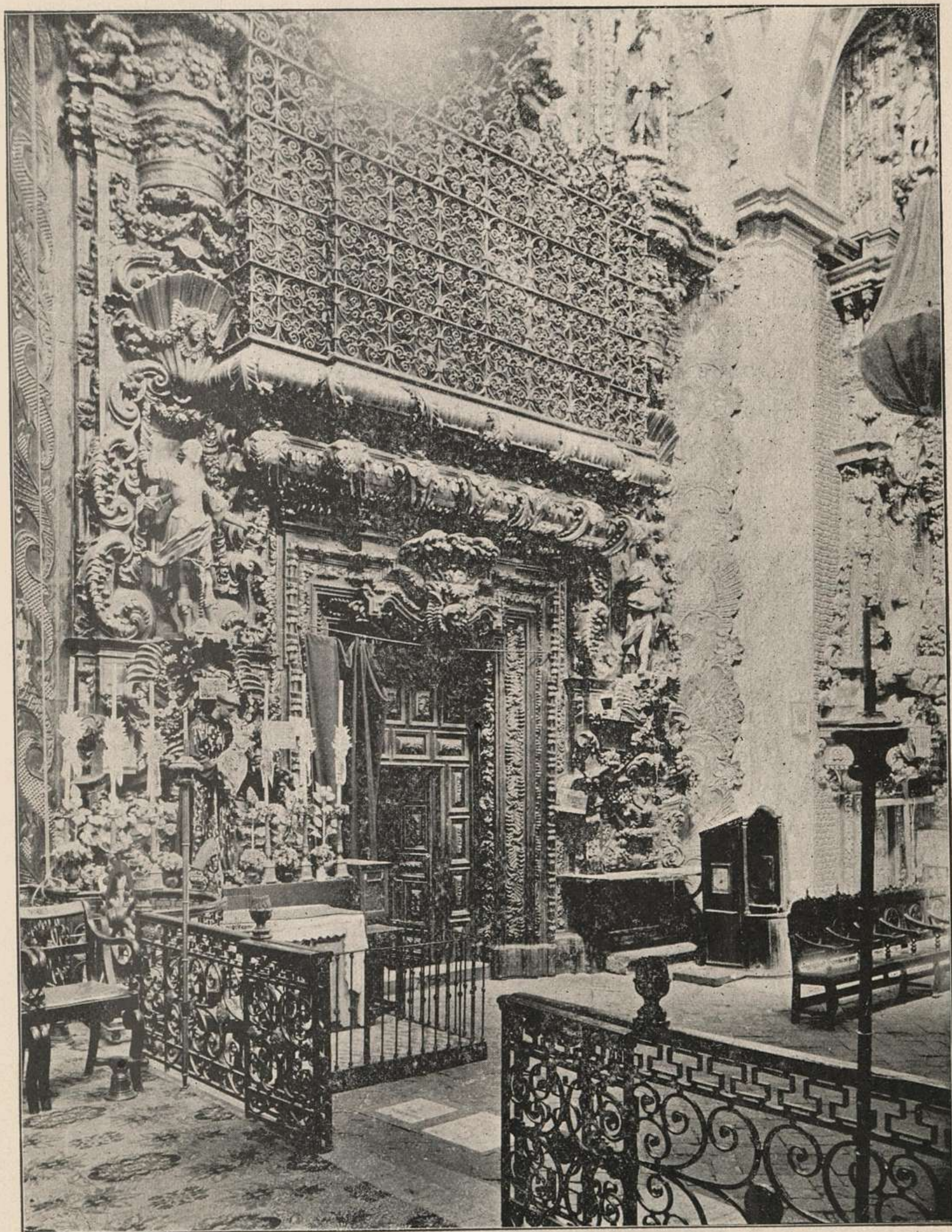
Los hombres, á pesar de su astucia, fueron sorprendidos en todos los ámbitos del planeta, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime, tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo. . . .

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros, que proveían á las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente familiar, pues que á diario utilizaban sus secretos; ellos poseían, además, y vigilaban todos los almacenes de provisiones; ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos. . . . Imagínese, por lo tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire. . . . La humanidad estuvo á punto de perecer por completo; su fin absoluto llegó á creerse seguro (quién sabe si lo será aún). . . . y á la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonoteleradiógrafo estas líneas que no sé si concluiré, estas líneas incoherentes que, quizá mañana, constituirán un utilísimo pedazo de historia. . . . para los humanizados del porvenir, apenas si quedamos sobre el haz del planeta unos cuantos centenares de hombres, ignorantes de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fué nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número y, á pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y, llenos del secreto instinto, que no hace más que aumentar la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que

estamos llamados á morir todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos espirituales nos lleve otra vez, á pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados. . . . Estaba escrito así. . . . Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo. . . . y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; ésta, ante la invasión amarilla, que, á su vez, fué arrollada por la invasión negra; y, así, de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto á los límites de la historia. . . . Su misión era desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su perfección, de perfeccionarse más. . . . ¿Quién podía sustituirlo en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él? . . . Los primeros animales humanizados. . . . á los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos. . . . Vengan, pues, en hora buena; á nosotros, llegados á la divina serenidad de los espíritus completos y perfectos, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, á su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto á nuevas razas que hoy fermentan en el seno obscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo é impenetrable. . . . Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga dulcemente; hasta que su enorme globo, ya obscuro, girando alrededor de una estrella de la Constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio, y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades. . . . ¡para que todo recomience!

AMADO NERVO.

NUESTRO MÉXICO



Iglesia de Santa Clara.—Querétaro.
Entrada de la Iglesia al Convento.

A UNA TRISTE

Del libro en prensa, «Nieves.»

Vamos donde florecen los mágicos ensueños;
Donde con áurea risa sonrío Primavera;
Donde abren las sirenas sus ojos halagüeños
Y alisan las ondinas su blonda cabellera.

Vamos adonde anidan los pájaros zahareños
Cuyo plumaje al beso del Alba reverbera;
Donde los lotos abren sus cálices sedeños
Y pasan los nelumbos besando la ribera.

En la onda que suspira monótonos rondeles
Con un clamor eterno, bogan, como bajeles
De pálidos contornos, las plantas fugitivas. . . .

Huyamos en los pétalos de alguna flor acuática,
Para vivir la vida perpetuamente errática
Que viven esas grandes corolas pensativas.

SALVADOR MARTÍNEZ ALOMÍA.

Campeche.



SOL DE LA TARDE

LIBRO DE G. MARTINEZ SIERRA.

En la hora bochornosa de estos pueblos grises tomo este libro amigo.—Por la abierta ventana veo la llanura, emblanquecida, reverberante y estéril; el sol cae duro é implacable sobre la planicie sedienta, y, cerca, muy cerca, se ven los cerros donde las nubes pasean sus sombras azuladas; sobre la llanura hay una casa deslumbradoramente blanca á los rayos del sol; y hay un carro, caído como doliente, al borde de un charco verdoso.—Un silencio extático envuelve todo. «¡Sol de la tarde!» Y el título está de acuerdo con la hora en que leo; sólo que este Sol de Martínez Sierra, es el sol de las tierras fecundas, de los campos gozosos, de las escuelas reidoras, de las sacristías limpias, de los jardines lujuriantes. . . . Y por eso, tal vez, yo veo lo que este libro me dice, más fresco, más lleno de color y de fuerza; porque esta monotonía gris me hace pensar golosamente en todos aquellos prestigios de color que el sol de la tarde pone en las tierras fértiles; yo, nostálgico, paso las hojas leyendo ávidamente.

* * *

Martínez Sierra, en el prólogo á un libro de Rusiñol, dice: «Santiago Rusiñol,

en su literatura, ama las flores y ama á los niños». . . . Yo os diré, que Martínez Sierra tiene este punto de contacto con el excelso pintor de los «Jardines de España:» ama también á los niños; pero, además, ama las dulces hermanitas de largas manos, las hermanitas de tocas albeantes que se deslizan, casi incorpóreas, por los refectorios y á lo largo de los serenos corredores conventuales; ama los jardines, pero no al modo de Juan Jiménez, no al modo de Rusiñol, sino más bien á lo Rueda, á lo Emilio Sala, en un gran desbordamiento de colores, de sombras transparentes, de toques de oro, de manchas azules; ama esos pequeños discos luminosos, que el sol pinta sobre la tierra de las avenidas bajo los árboles; porque este poeta ama, sobre todo, al sol que se prodiga, que se derrama, que se desborda, como en un gozo infinito, para obrar sus milagros sobre la tierra. Este libro ha avivado mi amor por lo que brilla y estalla: risas de niños, chorros de fuente; pero, junto á estas cosas, ha puesto la dulce nota tranquila de alguna hermana plácida, que pasa cariciosamente sus manos sobre la cabeza de un chiquitín ciego, á quien las manos acariciadoras le parecen «*suaves como de cristal, y que saben un poquito saladas y muy*

frescas.» Y este poeta ha sabido también decir, junto á la frase en que, como en un prisma cristalino juega el iris, la dulce melancolía de la tarde, en que *«es el crepúsculo tan sereno y tan plácido que parece que el día se está durmiendo.»*

Yo quiero deciros cómo estimo las cualidades de colorista de Martínez Sierra; cómo reconozco en su retina, cepa de pintor valenciano, y quiero deciros cómo su prosa es caliente y llena de jugo, sin dejar de ser armónica; porque, hay que diferenciar colorista y *colorinista*; el autor de este libro no cae jamás en las entonaciones agrias de tantos que se esfuerzan de tal modo, por dar la sensación del color, que pecan de charrería y rastacuerismo. Además de esto, veo en Martínez Sierra un sentido estético refinado, y no muy común en la juventud literaria española, que, tratando de huir de la literatura de *tamborazo*, que tan nociva nos fué, cae en ocasiones en el extremo opuesto, y queriendo hacer cosas de absoluta sinceridad, llega al absoluto prosaísmo. A Martínez Sierra no le acontece esto, porque sabe dónde es la nota justa en la que está la Belleza.

* * *

Seis cuentos componen el libro, todos bellos, todos dignos de figurar en él; pero, diciendo mi opinión sincera, escribo que prefiero á los demás, el primero y el último; sobre todo aquél: «Golondrina de Sol.» En la imposibilidad de traeros el libro, os diré un poco de dicho cuento: Este es un buen cura viejo, que tiene una buena y vieja hermana; y, he aquí que una mañana llega á la sacristía, incensada de sol, un chicuelo como una golondrina; es un gitanillo, bohemio por atavismo; es hosco, es salvajemente primitivo; el cura lo acoge con el ademán de un Jesús anciano,

y la hermana rezandera, con ese ingenuo espíritu de contradicción de las viejas inofensivas y buenas, gruñe un poco, pero lo acoge también; y la golondrina hecho nido en la casa, y la llena de charloteos burbujeantes, y de risas locas, y de música alegre; leed lo que el poeta nos dice de cómo entró la golondrina á las dos almas caducas: «¿Veis el cauce, ya seco, de un río que, acaso, en tiempos fué un gran río? ¡Qué callado está! Parece que su oficio sea únicamente mirar al sol, beberle la luz con las mil bocas de sus grietas, y dejarle pasar; mirar la luna, y dejarla pasar; mirar las estrellas, ver cómo salen y cómo se esconden, y esperar que salgan otra vez.

«Pero vienen de lejos aguas imprevistas, llenan el cauce, y, ¡ya veis qué tumulto! espumas, ruidos, desgarramientos: las secas orillas beben con ansia la linfa bienvenida; se hinchan, se agitan, se desmoronan: la corriente va turbia; la náyade, inquieta, canta y solloza.

«Pasaron días: acostumbróse el agua al cauce y el cauce al agua; la corriente va quieta; la náyade es pacífica; se olvidó el mundo del cauce seco; ya ni él mismo recuerda que hubo tiempos en que el caudal de arenas era su caudad único.

«Y así la vida de los dos viejos tras la llegada turbulenta del rapaz gitano.

«Érase un río. . . Érase una vida. . . »

Y de este modo se acostumbraron á la golondrina el cura que tenía un gesto de Jesús caduco y la hermana rezandera. . . Mas, he aquí que una noche pasa la errante familia bohemia por las callejucas del pueblo, y el gitanillo que ve el desfile joyante de sedas policromas y marchitas, que oye el cascabeleo reidor y algararero, y las agudas y locuaces notas de una corneta, se siente arrastrado, casi inconsciente; y, sin lucha, sin esfuerzo, como un ave de paso, se va con la bandada, se une á los

bohemos que salen del poblacho una noche en que había estrellas. . . . Y, volved á leer cómo narra el poeta:

«A la mañana. . . . ¡cómo lloran dos «viejos!

«—Se marchó Paquito; se marchó con «los titeres.

«—¡Lo ves, Faustino!—Y la anciana «solloza.

«—¡También tú lloras! ¡También le «querías! —dice el hermano con asombro.

«Y ella, enjugándose el llanto con el de- «lantal:

«—¡Qué había de hacer, hombre, qué «había de hacer!

«Y se abrazan como dos ramas secas «que cayesen juntas.

«—¡Qué viejos somos, y qué solos es- «tamos!

«Érase un río. . . . Érase una vida. . . .

«Érase un alma vagabunda, que una «noche de Agosto se huyó con sus her- «manas. . . . »

Yo no os he podido dar la impresión que yo tuve cuando leí esto la primera vez; pero sí puedo deciros, que fué de esas impresiones que se quedan porque son hondas. . . .

Y, ¿á qué hablaros más de los otros cuentos? De «Margarita en la rueca,» la piadosa mujer que arrulla su vida con el claqueteo monótono de sus palillos de encajera; una larga vida de sacrificio resignado, que tiene por premio el ser rechazada por caduca en el convento en que soñó refugiar su esterilidad, ofrecida en holo-

causto á la querida hermana egoísta; y qué deciros de las «Horas de Sol,» en donde Martínez Sierra da la sensación del sol, como creo que ningún escritor de España la ha dado; y de la imaginación torturada de la «Monja maestra,» y en «Aldea» de la frescura juvenil y desbordante de Malia. . . . Y no quiero concluir sin recordar, como se recuerda á un muerto querido, á aquel Toñín ciego que amó con amor de niño desgraciado á Sor Gracia, á quien besaba las manos, pasándole la lengüecilla, rosada como la de un cordero familiar, por los dedos largos hechos á doblar sobrepellices y á acariciar cabezas infantiles. . . .

A la hora en que esto escribo va cayendo la tarde, lenta, dulce, acariciadora, sobre la llanura gris; y tiene tal mágico encanto, que dulcifica este paisaje árido que no parece el mismo. . . . El cielo es triste y opaco. . . . La casa blanca es como color de perla, y, arriba, amorosamente, brilla una estrella sola que se refleja en el charco, de una tranquila entonación glauca. . . . ¡Sol de la tarde! . . . Y, en mi oído, como un dulce ritornelo, que se difunde por el cuarto silencioso, oigo: «Érase un río. . . . Érase una vida. . . . Érase un alma vagabunda, que una noche de Agosto se huyó con sus hermanas»

Hacienda de Nazareno.

ANGEL ZÁRRAGA.

Noviembre, 1904.



DEL PELIGRO DE ESTAR EN CAMA

El hombre de la boletería de la estación, me preguntó:

—¿Una boleta de seguros contra accidentes, también?

—No —le respondí, después de pensar un momento.— Creo que no la necesito. Hoy voy á pasar todo el día en el tren. Pero mañana no estaré de viaje. Dame una para mañana.

El hombre pareció sorprenderse, y dijo:

—Pero se trata de un seguro contra accidentes, y, por lo mismo, si usted va á viajar en tren. . . .

—Por lo mismo, si voy á viajar en tren, no lo necesito. Un accidente en casa, estando en cama, es lo que puedo temer.

Antes de esta conversación ya había tenido yo oportunidad de estudiar el asunto. Sabrán ustedes que el año pasado hice, en mis viajes, veinte mil millas, casi siempre en tren; que el año anterior, había hecho más de veinticinco mil, la mitad por mar y la mitad por ferrocarril, y el año antepenúltimo alrededor de diez mil, exclusivamente en tren. Agregando á esto los viajecitos sueltos, de aquí para allá, creo poder decir que durante los tres años citados he recorrido, en mis viajes, unas sesenta mil millas, y sin sufrir nunca ningún accidente.

Ahora bien. Por mucho tiempo estuve

diciéndome á mí mismo todas las mañanas: «Bueno; hasta ahora he podido escaparme, y, por lo tanto, son muchas ya las probabilidades de que me ocurra hoy un percance. Seré precavido, y compraré una boleta de seguro.» Y con una puntería moral notable, compraba la boleta y sacaba siempre bolilla blanca, y esa noche me iba á la cama sin una descoyuntura ni un hueso astillado. Acabé por cansarme de esta especie de contrariedad diaria, y entonces me puse á comprar boletas de seguro válidas por un mes. «Es imposible,» pensaba, «que uno pueda sacarse de una sola vez treinta bolillas blancas.»

Pero estaba equivocado. Nunca hubo para mí premio alguno en esos lotes mensuales. Podía leer casos de accidentes ferroviarios todos los días —á la verdad, la atmósfera de los diarios estaba cargada de ellos,— pero, no sé por qué, esos accidentes no me salían nunca al paso. Vi que había gastado ya una buena suma de dinero en la cuestión seguro, y que no tenía nada que mostrar en cambio. Con esto se despertaron mis sospechas, y empecé á buscar á mi alrededor á alguno que hubiera ganado alguna vez en esa lotería. Di con muchísima gente que había puesto dinero en ella, pero no con un individuo que hubiera sufrido alguna vez un accidente ó

ganado un centavo. Entonces dejé inmediatamente de comprar boletas de seguro, y me puse á hacer un cálculo. El resultado fué estupendo. El peligro no está en viajar, sino en quedarse en casa.

Me lancé en busca de datos estadísticos, y vi con asombro que, según los deslumbrantes encabezamientos de las noticias de los diarios sobre accidentes de ferrocarril, no alcanzaban á trescientas las personas que habían perdido la vida en esos desastres, durante los doce meses precedentes. El ferrocarril de Erie aparecía como el más homicida en la lista. Había muerto á cuarenta y seis. . . . ó á veintitrés. No recuerdo cuál de estas dos cifras era la exacta; sólo sé que representaba el doble de la de cualquier otro ferrocarril. Otros cálculos demostraron que la empresa de ese ferrocarril transporta todos los días á unas once ó doce mil personas, por lo menos. Muchas, muchísimas de las líneas cortas que salen de Boston, hacen una buena mitad de eso. Muchas son también las líneas desparramadas por la Unión, que tienen un prodigioso tráfico de pasajeros. Por lo tanto, se podía suponer que el término medio de los pasajeros transportados diariamente por cada ferrocarril, era de dos mil quinientos.

Tenemos, pues, que los ochocientos cuarenta y seis ferrocarriles que existen en el país, transportan más de dos millones de pasajeros por día, ó sea seiscientos cincuenta millones por año, sin contar los domingos. Que hacen esto, es incuestionable; aunque de dónde sacan la manera prima para ello, es algo que sale enteramente de la jurisdicción de mi aritmética. Porque he revisado el censo de arriba abajo y de costado, y he visto que no hay tanta gente en nuestro país; sobran, por lo menos, unos seiscientos diez millones. Probablemente, los ferrocarriles han de apro-

vechar más de una vez á los mismos pasajeros.

Por otra parte, todos los años mueren unas veinticinco mil personas en la ciudad de Nueva York, cuya población es de un millón de almas. Tomando por base este dato, puede considerarse que, en los Estados Unidos, veinticinco mil personas por cada millón de almas tenemos que morir todos los años. Como nuestra población total es de cuarenta millones, resulta entonces que un millón de nosotros muere anualmente. De este millón, diez ó doce mil personas son apuñaleadas, ó «baleadas,» ó ahogadas, ó ahorcadas, ó envenenadas, ó tienen algún otro fin trágico en alguna otra forma corriente, como la de ser víctimas de una conflagración combinada de lámpara de kerosene y miriñaque, ó quedar sepultados en las minas de carbón, ó caerse del techo de alguna casa, ó hundirse junto con el piso de alguna iglesia ó salón de conferencias, ó tomar medicinas privilegiadas, ó suicidarse de alguna otra manera.

Bueno. El ferrocarril de Erie mata de veintitrés á cuarenta y seis personas, y los otros ochocientos cuarenta y cinco ferrocarriles restantes, matan un término medio de un tercio de hombre cada uno; de modo que el resto de ese millón, que asciende en total á la estupenda cifra de novecientos ochenta y siete mil seiscientos treinta y un cadáveres, muere de muerte natural en sus casas. . . .

Me disculparán ustedes, si después de averiguar esto, he resuelto no volver á correr en esas camas el riesgo de un accidente. Con los ferrocarriles tengo bastante.

Y mi consejo para todo el mundo es este: No se dejen estar ustedes en casa sino cuando no puedan remediarlo; y, si tienen que quedarse en casa alguna vez, compren un paquete de esas boletas de seguro con-

tra accidentes, y pasen la noche sentados. Por muchas que sean las precauciones que adopten, nunca serán exageradas.

Se comprenderá ahora por qué respondí al boleterero de la estación en la forma indicada al principio.

La moraleja de esta composición es que las personas irreflexivas gruñen más de lo que es justo á propósito de la manera como funcionan los ferrocarriles en los Estados

Unidos. Considerando que todos los días y noches del año, no menos de catorce mil trenes de diversas clases, cargados de vida y armados de muerte, corren tronando por sobre la tierra nuestra, podemos maravillarnos, no de que maten trescientos seres humanos por año, sino de que no maten trescientas veces trescientos. . . .

MARK TWAIN.

LOS ESTADOS DE LA REPUBLICA.—GUERRERO.



Camino del «Terraplén.»—Acapulco (Véase el artículo relativo).

LOS ESTADOS.—GUERRERO.



Mercado Zaragoza. Acapulco. (Véase el artículo relativo).

CANTO AL GENIO

Ante las estatuas de Dante y Shakspeare.

Ni límite, ni espacio, ni horizonte;
la curva de su vuelo
queda, á trechos, ó rota ó invisible,
en enormes fragmentos por el cielo.
Su sino es ir é iluminar. No tiene
el firmamento mismo,
de sus alas la rígida medida;
y, como él, para crear la vida,
Dios le entregó las llaves del abismo.

Es su destino iluminar; emite
su luz, como el noctíluco su llama
en el instante efímero en que ama;
su espíritu errabundo, que gravita
hacia un centro abscóndito y arcano,
sólo por el dolor parece humano.
Mas el dolor su espíritu caldea
y la perenne irradiación aviva
del nimbo que en su frente centellea. . . .
Y por eso, la hora fugitiva
en fuente eterna de ilusión convierte
y, anhelante de lauros y de palmas,
se lanza, trasponiendo cimas y almas,
sobre el corcel domado de la Muerte.

Y, como arena que el simún levanta
en el Desierto, elévase en sus huellas
polvo sutil de ideas y de estrellas,
que esfuman en la noche de la historia
la pálida vía-láctea de la gloria.

¿Es un Dios, por ventura? De sus labios
brota el Verbo, que deja eternamente
impreso augusto signo
en todas las quimeras de su mente.
En torno de su frente,
sol de invisibles mundos,
se mueve, constelando el firmamento,
el Zodiaco ideal del Pensamiento.

Nada colma, ni calma, ni sujeta
su aspiración; el tiempo ni el espacio
ocultan para él lindero ó meta. . . .
¿Quién es? Decid su nombre.
¿Su nombre? Es un poeta;
un Dios caído condenado á hombre!

*
* *

«Nido de árticos cisnes, que se mece
«en un estanque azul, es Inglaterra,»
dice el cantor que con los siglos crece.
Sobre ese nido, en el dintel del polo,
yérguese en regio pedestal la estatua
de Shakspeare, el Poeta, el Grande, el Solo.
En ascensión perpetua, al cielo sube
su imagen ideal, á do corona
de su frente es el Sol. Si el cielo acaso
su audaz contorno desvanece en bruma,

guarda la luz de un astro sin ocaso,
y á sus pies, tiempo y mar, vuélvense espuma.

Ese es Shakspeare, el mundo del ensueño,
de la pasión y de la risa trágica
en un hombre sumados; lo pequeño
y lo gigante, en una copa mágica
hecha de verbo humano, confundidos. . . .

Ese es el Poeta; y es el Alma
su Materia, y en ella está esculpida
su obra en que se amasan llanto y sangre
y amor y sombra y luz y muerte y vida.

*
* *

Frente al bronce británico, en el suelo
de Italia, amor del Alemán y el Franco,
levanta el Dante, nítida, sin velo,
entre la hirviente humanidad y el cielo,
su figura talar de mármol blanco.
Así en estatua retornó á Florencia
que en él, proscribió un día,
todo lo que hay de poesía
en la angustia inmortal de la Conciencia.

Pedestal de la estatua del proscrito,
es la espiral convulsa del Infierno,
y en su lira de fierro y de granito
tuvo el germen bendito
de Italia, un nido trágico y eterno.

Y son dos universos esos hombres
que de genio y dolor, un infinito
simbolizan, en sólo sus dos nombres.
Hugo entre ambos levantó la frente

y con soberbia y lírica porfía,
sus llamas fundir pudo en el urente
foco de su hacedora fantasía.
¡Augusta trinidad de poesía!
¡Creación de la noche esplendorosa!
Constelación que abarca el firmamento
en que al alma rodea el sentimiento
con una luz divina y misteriosa!

*
* *

Shakspeare, á ti la admiración que canta;
á ti, al audaz que enderezó la planta
hacia tu esfinge muda,
¡oh, destino! queriendo comprenderte,
y ahí su alma, por la duda herida,
pedir quiso el secreto de la vida
al diálogo de Hamlet con la muerte!
A ti, que con las sienes palpitantes
de emoción, inclinado
sobre el cráter de todas las pasiones,
sorprendiste aterrado,
del abismo en la noche sin aurora,
los lineamientos lívidos del odio;
el miedo, blanco y de sudor cubierto,
los ojos sin mirada del que ha muerto,
el gemido fatídico que inspira
pavor al que lo escucha; la siniestra
terrible carcajada de los antros,
el relámpago azul de los aceros,
los ayes lastimeros
del que, transido de dolor, espira. . . .
Y te alzabas trémulo, jadeante,
sobre el volcán en donde el mal se encierra

y á través de tu lira de diamante
iba tu grito á estremecer la tierra.
¡A ti la admiración! Cual tú, sublime
cantor de los amores,
ni las aves cantaron en el prado
ni en perfume su amor dieron las flores!
Si tu clara pupila,
por ternura indecible iluminada,
buscaba el cielo, sueño del poeta,
con el azul del cielo y tu mirada
se formaban Desdémona y Julieta.
A ti la admiración.

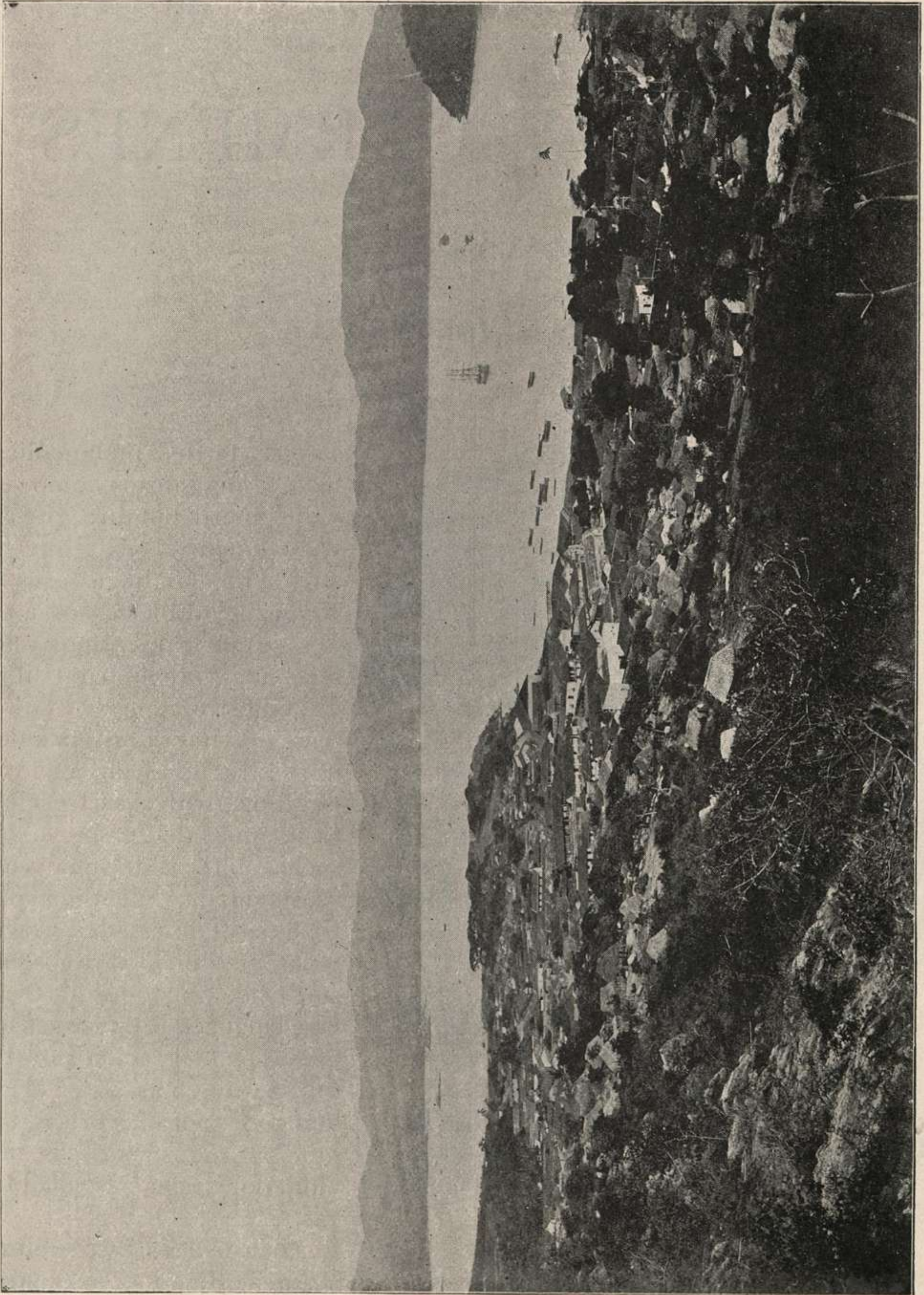
Colón dejando
las playas españolas,
á lo ignorado dirigió el navío,
y aparecióse América en las olas.
¡Así tú, gran Britano,
con la infalible brújula del genio,
navegaste en el piélago profundo
del corazón humano. . . .
y descubriste un mundo!

1868.

JUSTO SIERRA.



LOS ESTADOS.—GUERRERO.



Ciudad y Puerto de Acapulco. (Véase el artículo relativo).

“ALMAS Y CÁRMENES”

POR

JESÚS E. VALENZUELA.



Maduro ya, con los rebeldes rizos entretegidos de copos de nieve, con el viril rostro sonriente aún, pero con sonrisas otoñales; sereno como una

serena tarde, melancólicamente ingenioso como un viejo gentil-hombre que ha visto mucho que ha amado mucho, llega Jesús E. Valenzuela á buscarnos, á todos los que le queremos y admiramos, trayendo un libro en la diestra.

Es su primer libro, su único libro. Mucho tardó, mas viene bien nutrido: casi trescientas páginas de versos, la cosecha entera de una vida atormentada, sacudida por todas las tempestades, desgajada por todos los rayos, ensordecida por todos los truenos, balanceada por todos los oleajes, ennegrecida por todas las tinieblas. . . . y arrullada por todas las brisas, ungida por todos los besos, medida por todas las blanduras. . . .

Años de años, este sublime manirroto fué arrojando á los cuatro vientos del acaso tres cosas de que era especialmente pródigo: su oro, su ingenio y sus versos. El oro era

de diez y ocho kilates; el ingenio y los versos de veinte. . . . Con estas tres maravillas hizo de su vida lo que todo hombre culto, en grado eminente, debe hacer de la suya: Una obra de arte.

Alumbró el matorral de su locura
con la lámpara de iris de Aladino. . . .

como bellamente dijo nuestro poeta Luis Urbina, y amó y fué amado como pocos.

Pero un día, aquel sembrador, al hundir la mano en el saco de oro que llevaba á la espalda, hallólo casi vacío. Entonces, con un gesto de gran señor, arrojó, no sé sobre qué mano extendida é imploradora, el último escudo, y siguió derrochando ingenio y versos.

Hacía esprit en todos los momentos; resolvía todas las situaciones con un chiste de buena ley; el ingenio corría inagotable de sus labios En Grecia hubiera sido digno de conversar con Pericles y de enamorar á Rodopis. Mas si su esprit reía, reía siempre. . . . sus versos. . . . no reían siempre. . . . sus versos no reían á menudo. . . . sus versos solían llorar.

La vida no había dado tiempo á este príncipe equivocado de raza y de clima, para ligar en un haz el montón de joyas que iba extrayendo de su enorme cofre lírico. Ha sido preciso que el Otoño, con la mansa austeridad de su voz, le diga: "ya es hora de la cosecha". . . . Ha sido preciso que las primeras nieves se enredaran en sus cabellos, trayéndole vagos presentimientos de inviernos próximos, para que el empedernido caballero consintiese en legitimar á su musa, á su vieja querida, á la única, aquí en

confianza, que amó en serio; y el libro tanto tiempo esperado llegó al fin, vestido de gala, de nobilísima gala por el genio de Ruelas, quien (se ve desde luego en lo maravillosamente acabado de cada viñeta, de cada *cul-de-lampe*, de cada marginalia) puso en él todas sus complacencias.

Tengo este libro sobre mi mesa; lo he recorrido línea á línea con dilección extrema. Me he emborrachado con el vino generoso que hay en él, vino como para reyes, y he amargado asáz mis labios con sus hieles. He sonreído á las veces con sus sonrisas elegantemente escépticas, y en toda sazón, en la dulzura, en el amargor y en la sonrisa, lo he hallado digno de su autor.

Es precioso y admirable, así en ese idilio grave y ardiente que glosa un vespertino "Angelus," rezado al par por las campanas y por una vida en flor de doncella amante que empieza á cumplir el divino rito de la vida, como en la melancolía altiva de "La Voz de Él;" así en la terrible tragedia de "Escena," en la cual Fausto se rejuvenece en su hijo para seguir bebiendo, como en la hábil instrumentación y el discreto simbolismo de "Barbara labor;" así en la galantería lírica de "Deseos," elogio perfecto del verso alejandrino, como en el colorido heráldico y arcaico de "El Beso;" así en la tenue y mansa "Blanca," toda entretegida de ensueño, como en el viril y noble azote de sus frases "A un poeta," como en el delicioso madrigal "Ave Imperatrix," como en la canción digna del reinado de Luis Felipe, intitulada "Ninón."

No, no voy á disecar á esta ave del Paraíso Mirad, el sol compone madrigales de oro sobre su plumaje de iris. . . . Amadla, admiradla. . . .

El libro se abre cordial y acogedor
sobre vuestra mesa. . . .

Es una prestigiosa flor de otoño, as-
piradla.

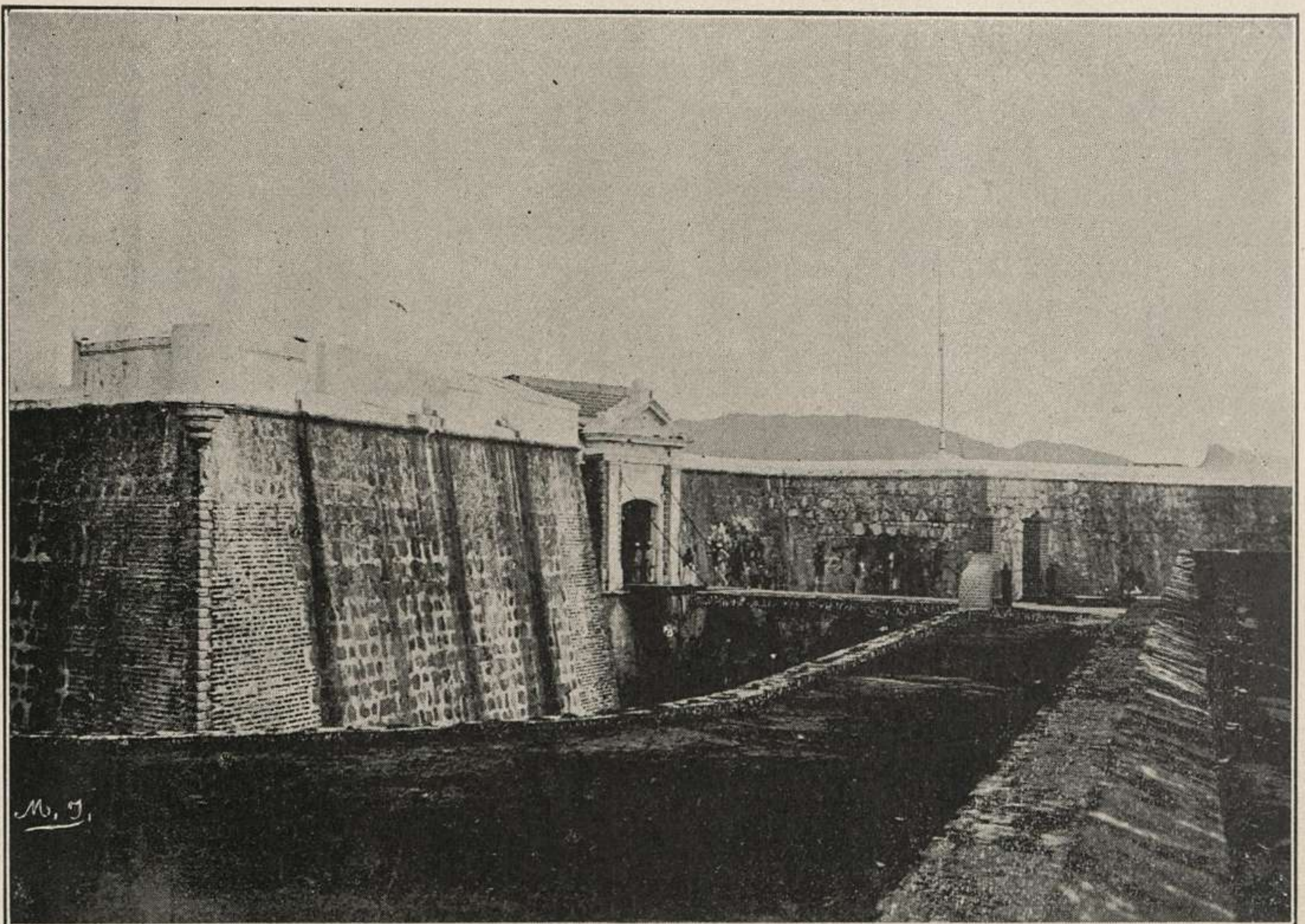
Es una música misteriosa: oidla.

Es una galera lírica: os llevará por
mares sonoros á esa *Patria lejana* de
donde viene el poeta.

AMADO NERVO.

Diciembre de 1904.

LOS ESTADOS.—GUERRERO.



Fortaleza de San Diego.—Acapulco (Véase el artículo relativo).

JUAREZ

Y

EL LIBRO DE BULNES

Alocución leída por el Sr. Lic. Ignacio Mariscal, el 17 de Octubre de 1904, ante algunos miembros de la Academia Mexicana de la Historia.

SEÑORES:

Invitado para hablar en una velada que debió celebrarse y no tuvo efecto el 8 del corriente, preparé mi pequeña alocución, la cual, aun cuando carezca de mérito, voy á leer á ustedes, sujetándola á su juicio como al de jueces competentes para los puntos históricos que en ella se tocan. Comienza con el siguiente epígrafe:

En vano alumbra el sol en claro día;
Para negar su luz no faltan ciegos
Y, el número abultando de sus manchas,
No han de faltar astrónomos enfermos
Que, enredados en cálculos prolijos,
Lo declaren pobrísimo lucero.
El sol, en tanto, iluminando sigue
La grandiosa extensión del universo,
Burlándose de críticos sin ojos
Y de ese loco afán de obscurecerlo.

SEÑORES:

Comprendo que he sido invitado á dirigir la palabra porque se me considera, y á la verdad con justicia, como uno de

los hombres que pudieran evocar recuerdos personales del gran repúblico, á cuya honra se dedica esta velada; como uno de los pocos que sobreviven y estuvieron á su lado, si no en todo lo más interesante y arduo de su azarosa vida, al menos en una parte y durante algún tiempo en que tuve la fortuna de admirarlo muy de cerca. No por eso esperéis ninguna novedad sorprendente en lo que voy á decir, ni tampoco ha de ofreceros mi alocución la bella forma que tanto realza y vivifica los conceptos de elocuentes oradores. Por otro lado, los principales elogios que deben hacerse de nuestro héroe, se han hecho ya, y yo mismo he tenido ocasión de pronunciarlos más de una vez en las celebraciones anuales consagradas á su memoria. Esas justas alabanzas se han repetido en estos días, y nadie, sin dotes extraordinarias que yo no me atribuyo, interesaría con este asunto á su auditorio, si no

fuera porque un lamentable incidente ha dado interés de actualidad á cuanto pueda referirse al Benemérito de América.

Demasiado conocéis ese incidente, reducido, Señores, á la publicación de un libro que pocos han hojeado y menos todavía leído por entero, pero cuyo contenido se sabe por todos en lo principal y para nadie ha sido indiferente. Ya es tiempo, sin embargo, de que ese escrito quede relegado al lugar que le corresponde; y puesto que se le combate desde luego y aun se le va á combatir más detenidamente, como si fuese una seria producción histórica, que cese de irritar nuestro sentimiento y no altere la ecuanimidad con que debemos seguir venerando el nombre del gran Juárez, de ese héroe y de ese símbolo, demasiado altos para ser heridos por los siempre débiles, aunque ponzoñosos, dardos que la malicia ó el desequilibrio intelectual quisieren asestarle.

Supuesta la buena fe que me sería muy grato reconocer en el autor del libro, para sólo juzgar su obra como una atrevidísima y muy estudiada travesura de ingenio; supuesta esa buena fe que es caritativo suponer aun en los casos más dudosos, ¿cómo explicar, además de supresiones ó truncamiento de textos, que ya se han notado, una omisión que también ha sido ya observada y en lo que no cabe olvido, la omisión de la ley Juárez, expedida para abolir los fueros militar y eclesiástico? Ya se ve, el autor que escribe un voluminoso libro para apreciar en su justo valor la personalidad de Juárez, prescinde no solamente de sus servicios como Gobernador de Oaxaca, sino de todo lo relativo á la Reforma, es decir, de la mitad en importancia de su gloriosa vida pública. Considerando sólo la ley que lleva su nombre, ese fué el primer paso que dió su autor, con un arrojo y previsión admirables, para provocar la lucha que debía dar por resul-

tado la Reforma. Y ese paso lo dió Juárez por sí solo, en los momentos en que se separaba del Gabinete el ilustre Don Melchor Ocampo, descorazonado por la oposición de moderado incorregible que le hacía Comonfort. Ese paso lo dió previendo lo que podía ocurrir, una rebelión militar promovida y costeada por el clero, como lo fué el pronunciamiento acaudillado en Puebla por Haro y Tamariz. Y que Juárez dió ese paso con toda previsión, me consta por haber estado yo, debido á circunstancias especiales, al lado suyo en Cuernavaca y en esta capital, recién llegado el General Alvarez. (*) Ese paso lo

(*) Juárez aprovechó diestramente una corta ausencia de Comonfort para lograr que el General Álvarez consintiese en la promulgación de la ley. Ésta se encontraba lista para la imprenta, pues desde Cuernavaca el Ministro de Justicia me había encargado su redacción, dándome un ligero apunte que comprendía, sobre todo, la abolición de los fueros.—Comunicada la ley para su cumplimiento al arzobispado de México, por las relaciones oficiales de entonces con la autoridad eclesiástica, el Arzobispo la declaró contraria á los preceptos de la Iglesia. Por su parte, la Suprema Corte de Justicia, cuyas facultades iban á disminuirse estableciendo el Tribunal Superior del Distrito, pudo encontrar en ello algún pretexto, y se resistió á obedecerla, alegando no haber sido consultada para su formación, no obstante ser ella (la alta Corte) el primero y principal de los tribunales de la Nación. Juárez, entonces, en uso de las facultades extraordinarias que tenía el Ejecutivo, disolvió á la Corte rebelada, formando otra con nuevos Magistrados. Fué éste un rasgo de energía muy oportuno, cuyo mérito se comprendió en aquellos días en que nadie ignoraba el influjo que los Magistrados destituidos ejercían por sus antecedentes en el foro, así como por su posición social. Eran realmente en su mayoría hombres ameritados, si bien, por sus viejas preocupaciones religiosas y políticas, mal dispuestos para la reforma que los asustaba en la nueva ley de justicia.

A más del pronunciamiento de Haro y Tamariz, Juárez ocasionó con su ley otro de carácter local que sus amigos reprimieron, sin que él mostrase debilidad alguna, sino todo lo contrario

dió aquel indio sin iniciativa y con cerebro de plomo, como tan irrespetuosamente se expresa el Sr. Bulnes.

Mas no nos indignemos contra él, Señores: imitemos á Jesucristo que maldecía el pecado, mirando en todo tiempo con misericordia al pecador. Imitemos al mismo Juárez que siempre se mostró sereno y desapasionado: copiemos su tranquilidad inalterable y su juiciosa calma, que no eran insensibilidad, ciertamente, sino superioridad nacida del equilibrio de sus facultades. Asombrémonos tan solo de que se le nieguen las cualidades que con mayor evidencia lo distinguen, la energía, por ejemplo, cuando se pretende demostrar que fué *inquebrantable* (dicho así en lenguaje paradójico) la debilidad que le era propia!

A este propósito, séame permitido referir un incidente en que tuve alguna parte y que no mencionan nuestros principales libros históricos. A pocos días de que desapareció la escuadrilla de Don Tomás Marín, venida de la Habana para ayudar á Miramón en su asedio á Veracruz, surgió en las aguas del puerto una barca que traía municiones y efectos para dicho general. Su capitán llegó á la bahía, confiando en que Veracruz estaría ocupado por las tropas reaccionarias. Aprehendida la «María Concepción,» fué consignada al juez del Distrito, quien la declaró buena

Separado del ministerio al quedar Comonfort de Presidente en substitución de D. Juan Álvarez, se dirigió á Oaxaca para encargarse de su gobierno, y llegando á Tehuacán tuvo noticia del pronunciamiento de un Coronel Villarreal, por el que se le desconocía como Gobernador, «pues siendo el autor de la ley antieclesiástica, se empeñaría en cumplirla,» según lo decía un considerando. Bien había previsto aquel grande hombre los obstáculos que se opondrían á la primera reforma por él intentada; pero se había resuelto á entrar valientemente en el camino de las que eran necesarias para hacer posible, algún día, la feliz transformación de la República.

presa. Pasó en segunda instancia el asunto al Tribunal del Circuito, que estaba á mi cargo y debía pronunciar la ejecutoria. A poco, el jefe de una escuadrilla española de tres buques de guerra surtos en Sacrificios, pidió se le entregase la barca dentro de veinticuatro horas, amenazando, en caso contrario, con tomarla á viva fuerza. No había, quizá, elementos bastantes para impedirlo, y el hecho produjo grande alarma, verdadero pánico en los habitantes del puerto, que recordaban los males sufridos en el reciente bombardeo. Entonces el Señor Juárez me mandó decir que, si me era posible, conforme á la ley, fallar dentro de aquel plazo, lo hiciera así, pronunciando, por lo demás, la sentencia sin preocupación alguna, con arreglo á justicia. Pude legalmente pronunciarla dentro de las veinticuatro horas, y lo hice confirmando el fallo de primera instancia. Por toda respuesta á su ultimátum, se dió al jefe de la escuadrilla una copia de esa resolución. Creyóse que en seguida vendría el ataque para recobrar la nave, anclada entre el muelle y el castillo de Ulúa; pero, debido á causas desconocidas, la amenaza no llegó á realizarse. En este caso, como en todos, Juárez, lejos de mostrar debilidad, supo sobreponerse á toda consideración meticulosa.

¿Ni cómo había de ser débil el hombre que reprimió el pronunciamiento de la Ciudadela, despachando él sólo, sin su Ministro de la Guerra, las tropas que lo sofocaron, dando personalmente severas y oportunas instrucciones á su jefe? ¿Débil el que en Guadalajara no quiso dar la orden, que el pronunciado Landa le exigía, de que cesara el ataque de Cruz Ahedo al frente de la guardia nacional, y esto cuando se le amenazaba con la muerte y pocos momentos antes, estuvo á punto de ser ejecutado, con las bocas de los fusiles junto al pecho! ¿Débil el que tanto resistió

y luchó tan largo tiempo resistiendo todo desorden, todo desvío del camino legal y del programa acordado para la defensa de la Reforma ó de la Independencia! ¡Débil el que se sobrepuso á la influencia del Gobierno Americano, tan poderosa en aquellas circunstancias, y negóse á indultar al Archiduque, obedeciendo sólo á la Justicia y á la razón de Estado! ¡Débil, en fin, el que (en el pintoresco lenguaje del Sr. Bulnes) servía de obstáculo invencible con su inercia basáltica y como un Budha de esta India occidental hecho de tezontle ó de chiluca! Contradicciones son éstas en que abunda sin cesar un libro dedicado en casi toda su extensión á rudos ataques contra Juárez, apoyados en pruebas aparentes ó capciosas, no faltando, sin embargo, hacia el fin, algunos elogios á nuestro héroe en frases generales sin comprobación, tal vez por un tardío remordimiento.

Las demás imputaciones que se le hacen negándole sus cualidades características, son igualmente infundadas; pero ya que es imposible refutarlas en breve discurso, baste lo expuesto anteriormente, para que se comprenda cuánta es la ligereza (llamémosla así) con que está escrito ese libro escandaloso.

La grandeza de Juárez, señores, no es, con todo, su infalibilidad, su perfección absoluta y, de consiguiente, sobrehumana; no es él para nosotros un dios ni un semidios, sino un grande hombre. Si lo llamamos héroe, es en el sentido moderno y no en el mitológico, y si alguna vez hablamos de su apoteosis, cometemos solamente una figura retórica. Nuestra veneración á su memoria no constituye un fanatismo, sino un sentimiento fundado en convicción razonada; y no extrañaríamos que, escribiendo en estilo mesurado, con el respeto debido á todo hombre célebre, cuyo recuerdo es venerado en el país, escribiendo, además, con notoria buena fe, se probase ó

tratase de probar, que incurrió en determinados errores ó en faltas más ó menos graves. Pero, inútil me parece insistir en que el libro del Sr. Bulnes carece de estas condiciones.

Notorio es, por otra parte, el fundamento de nuestro culto á la memoria de aquel hombre-símbolo. Él, y nadie más que él, personifica dos grandes y gloriosas épocas de la historia de México: la que hemos apellidado de la Reforma, aludiendo, sin duda, á la revolución religiosa del siglo XVI, y la que nombramos, no sin razón, de nuestra segunda independencia. Juárez representa una y otra, porque estuvo, durante todas ellas, á la cabeza del grupo iniciador de esos dos movimientos populares, porque su personal iniciativa contribuyó en muchos casos al impulso heroico del pueblo mexicano, y su firmeza incomparable sostuvo siempre á ese pueblo hasta llevarlo á la victoria.

Descender á la prueba de estas verdades, recorriendo la historia de aquellas dos memorables épocas, requiere varios volúmenes y, en todo caso, excedería con mucho, los límites de cualquiera alocución. Esos volúmenes, á lo que entiendo, se han empezado á escribir y, entretanto, se han dado á luz los estudios que deben precederlos. Labor importante, si se quiere, para la historia completa y acabada de México; pero labor innecesaria para defender á Juárez de ataques sin alcance alguno en los sentimientos de los mexicanos y en el juicio imparcial de los extranjeros. Si, como parece, lo que se propuso el autor de estos ataques no fué probar que Juárez cometió algunos desaciertos, al igual de cualquier varón ilustre, sino que es indigno de celebridad, porque era un hombre pequeño y vulgar sin las virtudes y el levantado carácter que se le suponen; si tal fué su propósito, su desdichado empeño se estrella en la opinión de todo el

mundo civilizado; sólo puede pasar como un esfuerzo de ingenio caprichoso y extravagante, como una demostración de que no existió Napoleón I, de que Jesucristo fué también un ser alegórico sin existencia real, y otros juegos literarios aplicados á la historia que suelen aparecer de tarde en tarde.

Desgraciadamente el que así pretendió, quizá, divertirse con lo más serio, atacando uno de los ideales del pueblo que lo rodea y al cual pertenece, desgraciadamente olvidó que un ideal es un objeto sagrado y no puede atacarse impunemente. Ha suscitado, en consecuencia, general indignación. Resultado natural, indefectible, que no ha debido sorprenderlo, y que él pudo prever con su innegable talento; á no ser que lo aceptara de antemano, sin vacilación, para levantar cosecha de notoriedad y escándalo. No han faltado, en ninguna época, ingenios y personajes ambiciosos que confundan ese género de resonancia con la celebridad y aun con la gloria. Deploremos, señores, semejante extravío, más bien que ceder al primer impulso, á un arrebató pasional y ciego, indignándonos contra un escritor que, ni ha de perjudicar el renombre de Juárez en nuestra patria, ni ha de menoscabarlo en el extranjero.

En México, ya vemos el efecto que produce en el gran partido ó comunión liberal; le exalta, en vez de deprimirle, su admiración por el héroe de la Reforma y de la segunda Independencia; levanta más alto, en vez de demoler, como él lo dice, al ídolo que intenta derribar; y, en cuanto á nuestros adversarios en política, el libro del Sr. Bulnes, si bien halaga en parte sus ideas, inspirándose al hablar de Juárez en lo escrito por los conservadores, (*) no ha

(*) De tal manera coincide el Sr. Bulnes con alguno de esos escritores, que parece, en efec-

de aumentar en ellos el encono que profesan contra el gran Reformador y Defensor de la República. Por lo que hace al exterior, bien poco ha de ser leído ese libro en castellano, ni aun cuando se tradujese á otra lengua, porque siendo de crítica más ó menos documentada, no es de amena lectura, á pesar de su estilo chispeante donde campean la hipérbole y el efectismo, divirtiéndose algunas veces, bien que inspirando desconfianza en la seriedad de los conceptos. En los raros lectores que tenga fuera del país, encontrará una opinión ya formada por el consentimiento universal, basado en autoridades de toda especie. Dondequiera podrá recordarse que amigos y enemigos de Juárez le han dado un lugar preeminente en nuestra historia: podrá recordarse que un estadista como Seward, director en Washington de la política extranjera y tan conocedor de los sucesos desarrollados en nuestro territorio durante la intervención de Francia; ese ilustre americano, que había conocido las eminencias políticas en su país y en Europa, no vaciló en proclamar públicamente á Juárez, confirmándolo luego en lo privado, como el hombre más grande de cuantos había conocido en su larga vida. Varios Congresos de nuestras hermanas las Repúblicas de este Continente, declararon á Juárez Benemérito de las Américas. No solamente insignes liberales, como Víctor Hugo, Gambetta y Castelar, ó notabilidades políticas como Emi-

to, haberse inspirado en su lectura. Véanse si no en los artículos de D. Alejandro Villaseñor y Villaseñor, publicados por «El Tiempo» y reunidos luego en un volumen con el título de Estudios Históricos, la página 132, donde se juzga de un modo general y despectivo el talento de Juárez, y la 157, donde se hacen apreciaciones de los tratados Mon Almonte y Mac Lane Ocampo, idénticas á las que adopta el Sr. Bulnes.

lió Ollivier, (*) sino las más conocidas enciclopedias, que reflejan la opinión común entre personas instruidas, el Diccionario de Larrouse; la Enciclopedia Británica, edición americana; el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, lo califican de un gran patriota, elogiando su habilidad y sus virtudes. El mismo Luis Napoleón llamaba á nuestros patriotas, en lucha con la intervención y sus aliados, «hordas de Juárez,» personificando así en Juárez al pueblo mexicano que combatía. El Archiduque Maximiliano, deseoso de hacer la paz y de consolidar su gobierno, á Juárez fué á quien dirigió su famosa carta, reconociéndolo á él, y no á otro alguno, como al jefe y representante de todos los enemigos del imperio. Cuando creyó erróneamente que Juárez había abandonado el territorio nacional, dió por terminada la contienda, como si hubiese desaparecido el hombre importante á quien más temía, y no pudo menos de elogiarlo en su manifiesto del 2 de Octubre de 1865, que comienza así: «La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juárez. . . .» etc.

¿Y después de estas y otras mil opiniones semejantes de imparciales ó de enemigos declarados, temeremos que un libro más ó menos artificiosamente escrito, empequeñezca ante el mundo la memoria de Juárez? Eso sería creer en la omnipotencia

(*) Emilio Ollivier, que fué Ministro de Napoleón III, durante el tiempo de su intervención en México, y que está publicando una historia del segundo imperio francés, al describir la situación de nuestro país en 1861, dice lo siguiente: «Benito Juárez estaba á la altura del papel que los acontecimientos le ofrecían. Era un varón de Plutarco, y de quien pudiera enorgullecerse cualquiera nación. *C'était un homme de Plutarque dont toute nation pourrait s'enorgueillir.*» (L'Empire Libéral, tomo V, pág. 211). Más adelante en su historia, hace nuevos elogios de Juárez por toda su conducta durante la intervención.

del sofisma contra la evidencia misma de los hechos, desconfiando del poder de la verdad, para confundir los mañosos ardidés de la calumnia. Eso sería temer que venga abajo un edificio de mármol sólidamente construido, por el lodo que le arroje algún pilluelo. Eso sería, en fin, perder nosotros la razón, ú obscurecércenos el raciocinio, como parece haberle acontecido en esta vez, al hábil escritor á quien aludo.

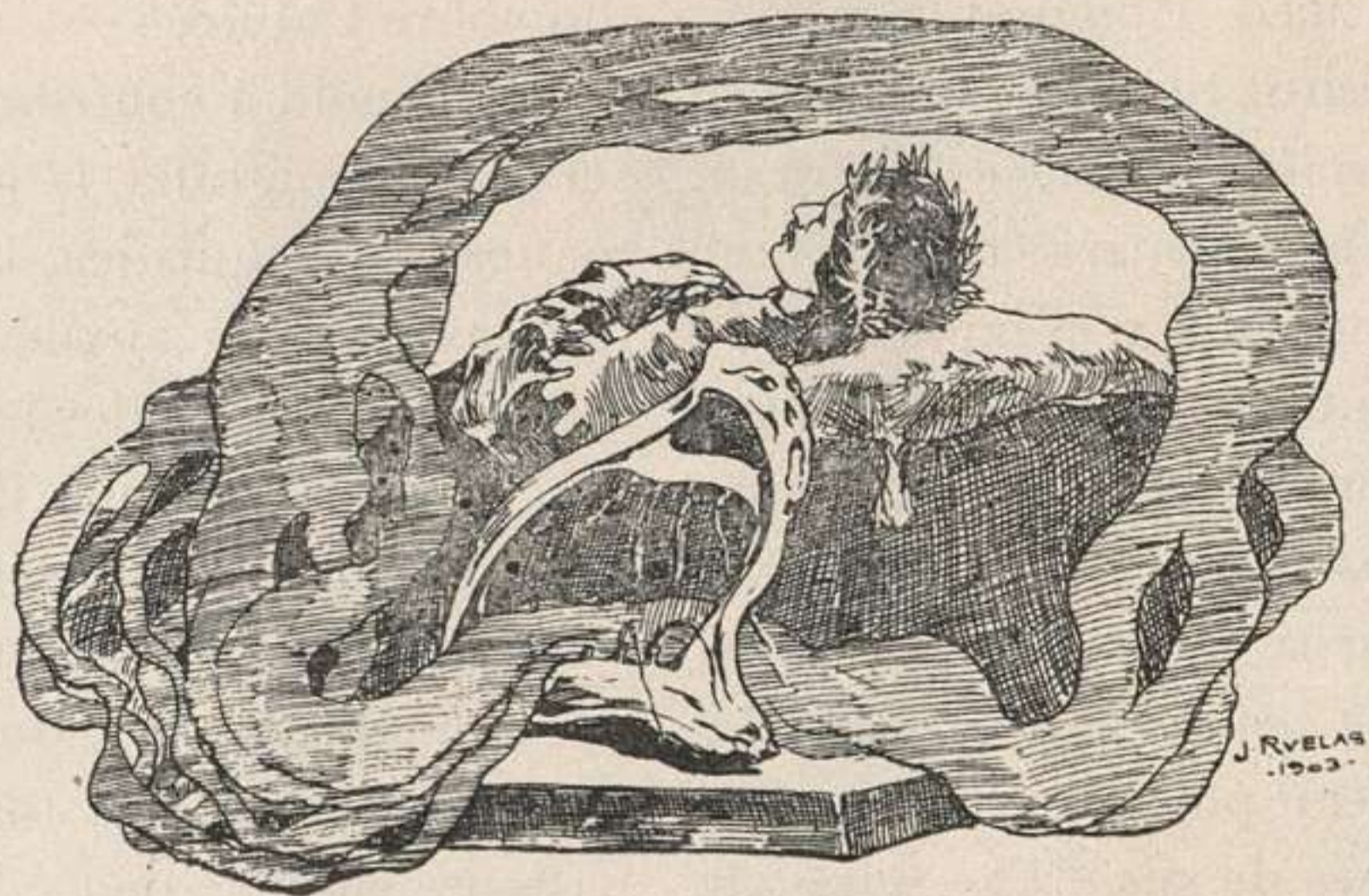
No es mi ánimo, señores, ofenderlo cuando así me siento obligado á expresarme. Si tal fuera mi intento, habría escogido para epigrafe de estas mis observaciones, las siguientes palabras de un célebre filósofo y crítico inglés, en su obra titulada, «Culto á los Héroes:» «Triste —dice Carlyle,— triste es la tarea del necio pedante que se esfuerza en rebajar el carácter de un héroe para usurpar el derecho de aborrecerlo.» En este caso diríamos, de insultarlo sin motivo, pues no creo que el Sr. Bulnes lo tenga para aborrecer á un ilustre difunto. No, ciertamente; y tampoco le es aplicable la calificación de necio pedante, siendo así que de buena fe no se le pueden negar, ni la instrucción, ni el talento. Conociéndolo yo solamente como orador parlamentario, por no haber leído sus demás libros, no comprendo qué móvil lo ha extraviado al escribir el que ahora tanto se comenta. Su aberración es apenas explicable por un deseo inmoderado de notoriedad, cuando pudiera aumentar su conocida reputación por medios inofensivos. Quizá su proceder tenga alguna otra explicación, que yo no alcanzo por no ser perito en la ciencia psiquiátrica.

Sea de esto lo que fuere, señores, ningún temor debemos abrigar por la fama de Juárez, que si pertenece á los tesoros de nuestra patria, también es una legítima y bien asegurada adquisición de la historia. La gran figura de nuestro héroe per-

manecerá siempre erguida en el glorioso panteón del Nuevo Mundo, al lado de Hidalgo y de Morelos, de San Martín, Bolívar, ó de Washington; se mantendrá siempre incólume en medio de nuestras disputas, como una roca en medio del mar, ó como la famosa estatua de la Libertad iluminando al mundo. Y pasarán generacio-

nes, y la tan sencilla y majestuosa efigie de nuestro Libertador, se alzaré en el campo de los anales mexicanos, como uno de los grandes monumentos de la época moderna, como el grandioso templo erigido en México por la virtud y la constancia, durante el siglo XIX.

LIC. IGNAGIO MARISCAL.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

“**Cayo Valerio Catulo,**” su vida y sus obras, por Joaquín D. Casasús. México, 1904.—En bella y lujosa edición hecha por Escalante, ha publicado el docto Presidente del «Liceo Altamirano,» un libro lleno de mérito, titulado como estas líneas. La evocación artística del gran poeta latino está hecha maravillosamente, y sólo la vasta erudición y el hondo sentimiento de arte que Don Joaquín D. Casasús posee singularmente, pudieron operar esa obra de taumaturgia. El espíritu más desviado del amor á los clásicos, resulta interesado por esa bella restauración de la vida del gran poeta, por ese concienzudo y magistral análisis de sus obras, y las páginas del libro de Don Joaquín Casasús son dilectamente apuradas y sentidas.

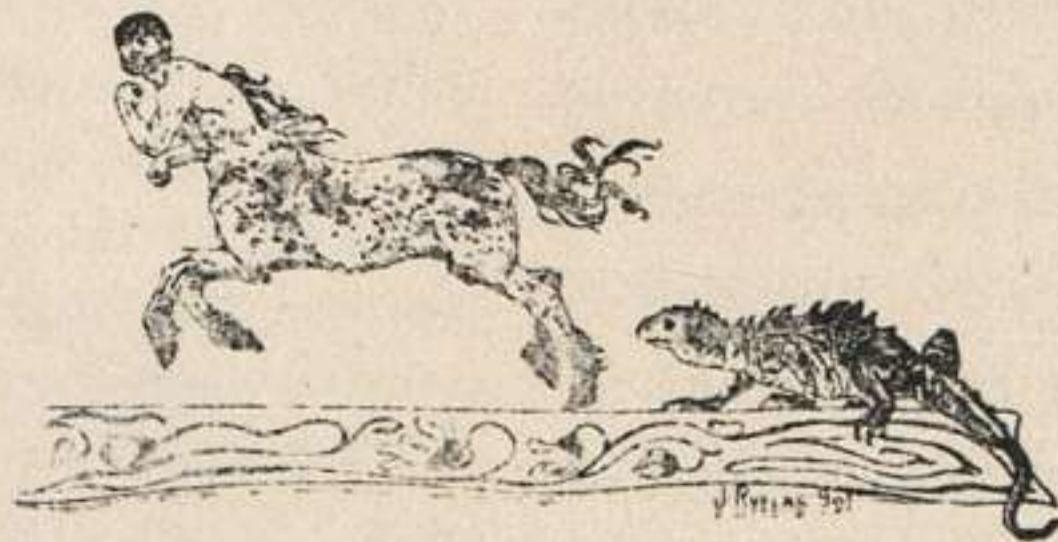
Victoriano Salado Alvarez, prologando la obra, dice justamente:

«Casasús posee el prodigioso poder de

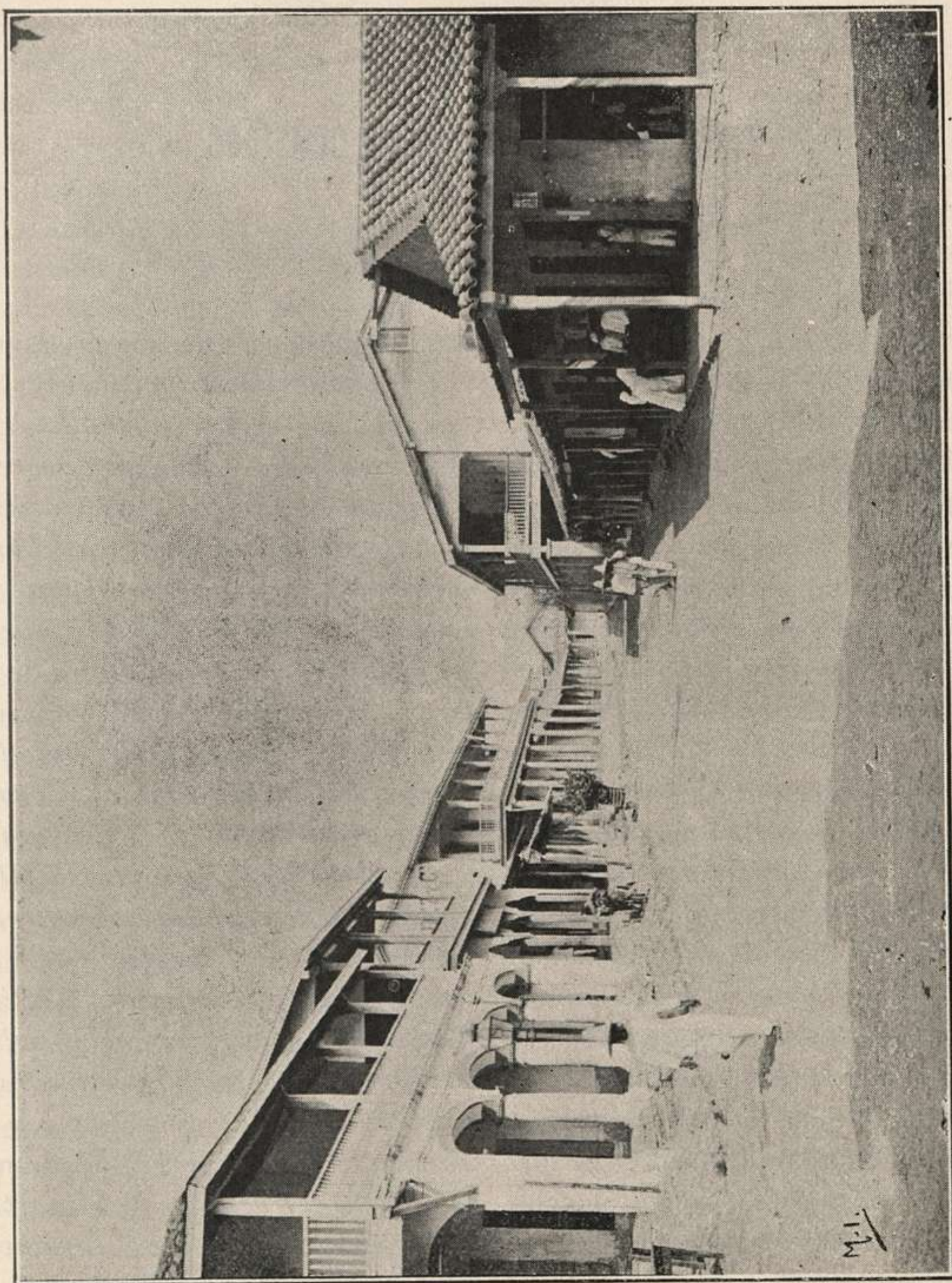
evocación, el dón de la vida, la lucidez de espíritu, que permite adivinar al través de los libros el fondo de las almas, y eso ha logrado maravillosamente en su estudio sobre Catulo.

«Poniendo á contribución la historia literaria, la epigrafía, la paleografía, la gramática, la lingüística, la cronología y todas las ciencias auxiliares; estudiando á todos los autores, desde Varron y Macrobio, hasta Lachman, Baehrens, Munro y Elis, ha logrado presentarnos á Catulo, tal como le conocieron sus contemporáneos: amable, tierno, dulce y expansivo.»

La obra de Don Joaquín Casasús es bastante significativa y valiosa, para que merezca un comentario mayor que el de estas líneas, escritas sólo á título de oportunidad. Ese comentario especial será publicado en el número próximo de «Revista Moderna.»



LOS ESTADOS.—GUERRERO.



Calle de San Diego. —Acapulco.— Véase el artículo relativo.

LITERATURA HISPANO-AMERICANA

TRES OBRAS DE ESTUDIOS CLÁSICOS.

Al ocuparme en las páginas de esta misma revista, hace ya varios números, en la obra del profesor de Literatura latina de Buenos Aires, Sr. Tarnassi, sobre los poetas latinos del siglo y antes de Cristo, indicaba, de refilón, lo que como sintoma de un estado de cultura significa la publicación de trabajos de esa índole en países nuevos, y en que se creería por espíritus someros que late cierto desdén á los estudios clásicos.

Nos los figuramos, por lo común, más prendados de la ingeniería que no de la filología y de las literaturas greco-latinas, y más cuidadosos de acrecentar las comodidades y lujos de la vida mundana que no de embalsamar al espíritu con el secular unguento de la belleza antigua. Y, sin embargo, lo uno no les estorba para lo otro, y de aquel helenismo de talco y lentejuelas con que, mal traduciéndolo de no buena traducción francesa, solían ataviar á sus fatigosos trabajos no pocos de los poetas americanos, parece van pasando á otro helenismo de más directo manantial. Por lo menos algunos de ellos.

Digo esto á cuenta de tener á la vista tres obras americanas sobre Literatura clásica, dos mejicanas y una chilena, y de ellas dos traducciones y un estudio crítico.

Las traducciones son una de Esquilo, por el presbítero chileno D. Juan R. Salas E. (*Esquilo. | — Agamemnon, Las coéforas, Las Euménides, | Los siete sobre Tebas, Prometeo encadenado. | Traducción directa del griego | en verso castellano—por | Juan R. Salas E., | presbítero. | Publicado por la Universidad de Chile. | Santiago de Chile. . . 1904*) y otra de las Bucólicas de Virgilio, por el mejicano Don Joaquin D. Casasús (*Las Bucólicas | de | Publio Virgilio Marón, | Traducidas en verso castellano | por | Joaquín D. Casasús, | presidente del «Liceo Altamirano» | é | individuo correspondiente á la Real Academia Española | — | Con los comentarios de Conington, Nettleship y Haverfield | y algunas notas del traductor. | México. . . 1903*), y el estudio crítico es del mejicano D. Jesús Urueta, y se trata en él de la poesía épica y del drama griegos (*Jesús Urueta | — | Alma poesía | — | Conferencias sobre Literatura griega, | pronunciadas en la Escuela Nacional preparatoria. | México. . . 1904*).

De las traducciones, la del Señor Casasús está mucho más esmeradamente y con más gusto editada que la del Sr. Salas E. Ambas, en endecasílabos, en romance, ó sea asonantados la del mejicano, y en ver-

so libre la del chileno. Ambas traducciones están hechas con cuidado y arte, y ambas dan idea muy exacta de Virgilio la una y de Esquilo la otra, al que no sepa leerlos en sus originales. La del Sr. Casasús va acompañada del texto latino página á página, y á las dos traducciones acompañan muy eruditas notas filológicas y críticas en que los traductores recogen lo principal que de más ingenioso ó de técnico se ha escrito sobre los textos que traducen. Son dos obras meritorias, y con otras por el estilo no volveríamos á ver, en las melopeas de ciertos jóvenes poetas americanos, ninfas, sátiros, centauros, hamadriadas, etc., nacidos en el *Bois de Boulogne*. El Sr. Salas E. ha tenido muy presente, para sus notas y su traducción de Esquilo, las que hizo el Sr. Brieva Salvatierra, vertiendo lo de un griego, hoy muerto, á un castellano no menos muerto que él y en una disparatadísima ortografía por contera.

No es cosa de que me extienda ahora aquí en hablar de las traducciones de los autores clásicos griegos y romanos, pues esto me llevaría muy lejos, y puesto que mi cargo oficial es el de profesor de Lengua y Literatura griegas, no quiero asomar en estas páginas la oreja de dómine. Paso, pues, á tratar del libro del Sr. Urueta, no sin advertir antes que creo que libros como los de los Sres. Casasús y Salas son la base, y el complemento á la par, de libros como el del Señor Urueta.

Éste consta de tres Conferencias, una sobre la poesía épica griega, otra sobre la Iliada y la tercera sobre la tragedia ática. Son tres conferencias sencillas, armónicas, claras y en consonancia con el asunto de que tratan. En la primera de ellas está tan bien expuesto como bien comprendido el desarrollo de la épica griega, y mostrado con gran claridad lo que es la llamada pequeña Iliada, ó sea los cantos I, XI, XVI y XXII, núcleo sobre el cual se conden-

saron los demás. Con muy transparentes razonamientos enseña el Sr. Urueta como uno de los otros cantos, el V, que toma por ejemplo, es un pegote. Hace muy bien notar las repeticiones de versos enteros que se hallan en la Iliada, lo cual se debe á economía de esfuerzo, pues como el poema se transmitía oralmente, el *aeda* propendía á ahorrarse diferencias.

Con ser las dos conferencias del Señor Urueta sobre la épica griega dos excelentes trabajos de vulgarización en que la ciencia está realzada con sumo arte, estimo mejor aún su ensayo sobre la tragedia ática. Al explicar lo que era el drama entre los griegos y en qué se diferenciaba del nuestro, estuvo verdaderamente feliz el conferenciante, y su ejemplificación en la *Antígona*, de Sófocles, muy atinada. Precisamente es la *Antígona* uno de los textos que hago traducir y comento en este curso en mi cátedra de lengua y literatura griegas, y por ello me encuentro en la más favorable disposición para apreciar esta parte de la labor del Señor Urueta.

Con muy buen tino censura á La Harpe «tan mediano como poeta, cuanto exigente como preceptista,» por sus «sátiras, impertinentes y frías,» contra la tragedia ática; pero los juicios que cita luego de Brunetiére y de Croiset, son, en el fondo, de la misma laya que los de su compatriota La Harpe, y proceden de la misma fuente de pseudo-clacisismo. No sé bien por qué, hablando de una representación de tragedia griega que se llevó á efecto en Berlín, dice el autor que esas representaciones, que no critica, «deben haber sido más eruditas que estéticas,» y añade: «Entre las brumas del Norte no asoma Helios su ojo áureo.» Aparte de que hay en Alemania regiones mucho menos brumosas, climatéricamente, que Paris, pongo por caso de tierra latina —ó lo que fuese,— es sensible que un hombre de la cultura y del

buen gusto que revela el Sr. Urueta, se deje arrastrar de esa corriente que juzga á los alemanes menos capaces de sentir lo helénico, que los franceses ó los italianos. Bien está que alabe tan calurosamente como lo hace á Lemaître y á Anatole France, que merecen de veras, alabanzas, y no está mal que casi todas las citas que hace sean de escritores franceses; pero, francamente, después de haber aprendido de estos elegantes expositores, aún hay mucho que aprender de los *brumosos* tudescos, y acaso en éstos se aprenda mejor á sentir de verdad lo griego. El helenismo germánico es, tal vez, el más intenso. A su helenismo debió Nietzsche lo más de lo suyo, y es muy dudoso que Anatole France haya penetrado más hondo que Goethe en el alma griega.

Lo que dice el Señor Urueta de los elementos que hay en la tragedia griega, extraños á la *acción*, pero no á la tragedia misma, merece leerse. En ello demuestra haber, no sólo entendido, sino sentido el alma de esa tragedia. No puedo, en cambio, concordar con él cuando sotopone Esquilo á Sófocles. Me parece algo así como si supeditáramos Lope de Vega á Moratín, y cuidado que ni pongo á Lope en parangón con Esquilo, ni mucho menos á Moratín con Sófocles.

Precioso lo que dice de la Gloria, «esa divina injuriada que los pueblos enfermos creen vana como el humo, y pérfida como la mujer, porque en sus corazones no hay lumbre ni amor.»

Estas conferencias del Sr. Urueta dejan una sensación de deseo, y es que desea quien las lee que su autor le hable de cosas que á él se le ocurran, que de crítico pase á poeta.

Como á catedrático de griego que soy, habrá de dispensarme el lector un reparo puramente de forma, y es que desearía que en trabajos como este de que aquí trato,

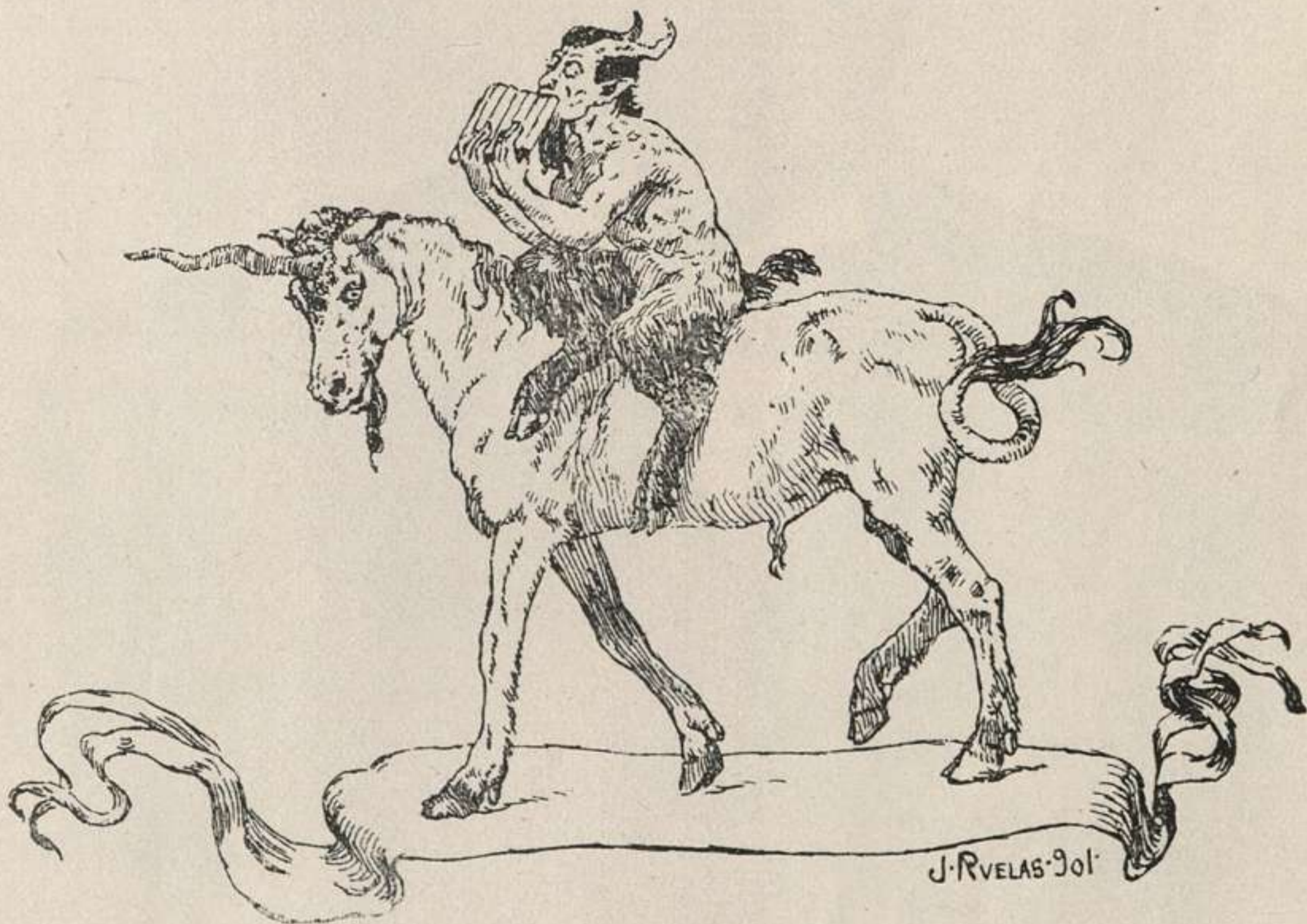
se atuvieran sus autores, al citar los nombres griegos, ó á la ortografía usual y corriente, ó á una estricta y rigurosamente etimológica, transcribiendo las letras griegas siempre por las mismas castellanas. De no escribir Esquilo lisa y llanamente, escribamos Aeschylos, pero nunca Eskylo. Porque resulta que la k que se emplea en este trabajo, unas veces está por la κ (capa), y otras por la χ (ji) griega, que la φ unas veces se representa por f y otras por ph, amén de unos acentos (Heraklés, Arés y Edés, etc.), etimológicamente inmotivados. ¿Por qué escribir Kreon y Corinto, y no Creon ó Korinto? ¿Por qué Pitágoras y Polinice, y no Pythagoras y Polynikes, ya que otra vez aparece Pythia Smyrna, v. gr.? ¿Por qué Xerjes y no Xerxes, ya que son la misma letra en griego? La ortografía de los nombres griegos es, en éste, por lo demás, precioso trabajo, enteramente vacilante, pues ni responde á escribirlos como los pronunciamos, ni á conservar sus sonidos. No discuto la conveniencia ó inconveniencia de adoptar una ortografía etimológica—en cuanto esto cabe— y escribir Aeschylos ó si se quiere Aiskhylos; conozco las razones de peso en que se fundó Leconte de Lisle al emplearla en su traducción de la Iliada, y que son las mismas en que se fundaba Thierry para llamar Hlodowig á Clodoveo, pero conviene ser fiel á ello.

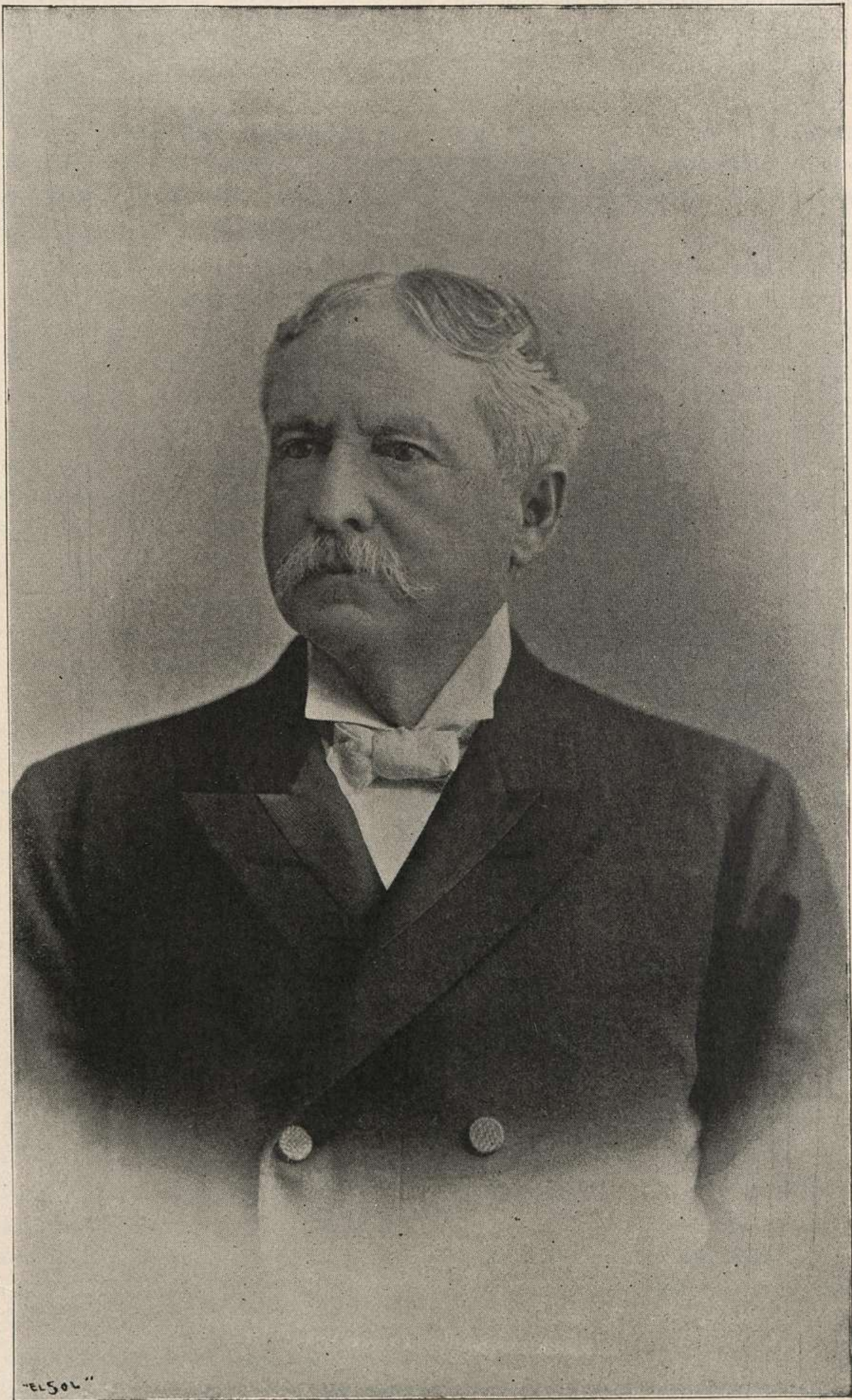
Y el asunto no es tan baladí como parece. Después de haber leído las tres preciosas conferencias del Sr. Urueta, no me cabe duda de que este excelente literato conoce sus griegos directamente y en su original; pero por un descuido de que debe corregirse, puede hacer creer á un lector malicioso y que sepa griego, que los nombres helénicos los toma transcritos del francés, que cuando tiene delante la transcripción francesa la transporta al castellano, hasta con el en castellano absurdo acen-

to de Arés, y que, por el contrario, cuando se le ocurra citar á Pitágoras lo hace á lo corriente. Y es lástima que así sea. El Sr. Urueta puede y debe entender á los clásicos griegos á la mejicana, y para llevarle á ello no serán peores guías los brumosos tudescos que los claros galos.

Creo que me obliga á esta amistosa advertencia el hecho de que me estén dedicadas por su autor las tres tan elegantes, tan artísticas y tan nutridas conferencias de que acabo de decir.

MIGUEL DE UNAMUNO.





Sr. D. Manuel Guillén, Gobernador del Estado de Guerrero.-- Véase el artículo relativo,

LOS ESTADOS

GUERRERO

Hojeando un bello álbum fotográfico del Estado de Guerrero, hemos sentido casi materialmente, cómo esa rica y fértil fracción del territorio mexicano, núcleo y teatro de la epopeya nacional, paraíso agrario, Eldorado minero, es un poderoso factor para el desarrollo y el progreso patrios.

En su área, que comprende los climas más diversos, la Naturaleza ha sido pródiga, y la vieja figura del cuerno de Amaltea, volcándose en una avalancha de frutos, es allí una viva realidad. En un solo distrito pueden verse el pino y las coníferas de las grandes altitudes, el algodón, la caña llena de miel y los más capitosos frutos tropicales, sus montañas esconden y recelan preciosos minerales auríferos, argentíferos, cobre, plomo, hierro y cinabrio. El mineral de Taxco tiene una leyenda de riqueza, y muchos hay, que el gambusino moderno, con recursos científicos, hará surgir con maravilloso esplendor. La «hulla blanca», el agua poderosa y fecunda que mueve fábricas y fertiliza praderas, tiende corrientes fluviales y precipita cataratas; así el río de Ayutla, cuyo cauce y márgenes forma un majestuoso panorama

de acantilados, y enormes piedras semejantes á prehistóricos dolmenes y menhires; así el río de las Balsas, el Atoyac que deliciosamente cantó el gran Altamirano.

Entre esas fotografías, muestran algunas la hermosa y vasta bahía que ha hecho de Acapulco el primero de nuestros puertos. Anclan ahí los enormes buques de guerra de las potencias, el acorazado «Nueva York,» y el formidable «Graphon» de la flota británica. Y en torno de esas máquinas de guerra, enormes como cetáceos, véanse las pequeñas embarcaciones de los naturales, que arrebatan bravamente al océano sus árboles de coral y sus conchas de perlas.

Otras fotografías muestran los divinos paisajes en que abunda aquel Estado, dignos de la paleta de un Corot ó de un Claudio Lorenés. Los grandes bosques lucen una inagotable riqueza forestal, el tesoro de maderas preciosas que han hecho célebre á la región, el ébano, la caoba, y otras más raras y de mayor precio que un día, la propia industria, ó la extranjera, hará de fama universal.

La etnología está bien representada en dicho álbum por grupos de indígenas, ya

mixtecas, ya brazos de la gran familia nahua. Bellas mujeres como las que Bernal Díaz y Clavijero ensalzaron; hombres fuertes y robustos como los que bravamente han peleado en nuestras guerras, conquistando épica fama, dignos coterráneos de Guerrero y los Bravo. El etnólogo meditaría fecundamente ante las fotografías que representan á los indígenas en medio de sus industrias primitivas, ó solazándose en medio de fantásticas danzas que aún conservan un carácter precolombino.

La civilización, el progreso, la parte urbana y moderna, está vigorosamente testificada por numerosas fotografías en ese álbum. Debe admirarse el bello y moderno Palacio del Gobierno, que se inaugurará el próximo 2 de Abril; merece un entusiasta elogio: el Hospital Juárez de Acapulco es una mejora trascendente y realizada con todo tino y eficacia; bellos y dignos de mención son asimismo el jardín

público de ciudad de Comonfort, el mercado Zaragoza de Acapulco y el faro de ese puerto, que perennemente lucha con la procelaria, y da rumbo y puerto á los peregrinos del mar.

En el parque de Ayutla, en las vistas de la Capital y las ciudades principales, es notable el progreso, patente el desarrollo, visible la urbanización, que son resultantes del gobierno sabio, honrado y enérgico, con que es regido el bello y rico Estado por su digno gobernante, D. Manuel Guillén.

Este funcionario ha demostrado que comprende á maravilla la riqueza y la importancia del Estado confiado á su gobierno, que conoce las necesidades ingentes de esa Entidad, y que tiene la ilustración, la energía y el espíritu de progreso indispensables, para hacer del Estado de Guerrero, uno de los primeros factores en el adelanto nacional.

LOS ESTADOS. — GUERRERO.



Se inaugurará el 2 de Abril de 1905.

LOS ESTADOS.—GUERRERO.



Cascada del río de Ayutla en el lugar denominado "El Salto" á 50 metros de la orilla de la ciudad.

LIBROS Y REVISTAS

Le Courriere du Mexique, importantísimo órgano de la Colonia francesa, y de la prensa diaria de la capital, es, gracias á la inteligente dirección de Mr. Régagnon, el periódico que más se distingue por la manera amplia de entender su labor. De ahí que tanto su parte puramente informativa, la financiera y la literaria, sean de lo mejor y más completo que en materia de publicidad pueda ofrecerse. El suplemento de cuatro páginas de literatura, que semanalmente obsequia á sus numerosos lectores, es, en verdad, sumamente selecto, digno de leerse con detenimiento, y aun de que sea guardado por los amantes de las letras.

* * *

Hunt-Cortes Digest, es una revista trimestral que, escrita en inglés y en castellano, ha comenzado á editar el Sr. A. M. Hunt Cortés, en esta capital, dedicándola exclusivamente á las cosas del México antiguo y á la literatura general. El primer número, correspondiente á los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre, da una clara idea del programa que su editor se propone seguir; y su texto, desde el principio hasta el fin, es tan variado y tan original, como lleno de interés.

* * *

De Bogotá es *Revista Contemporánea*, que también comienza á publicarse, y cuyo primer número, nutrido de buena literatura, promete hacerla figurar entre las pocas publicaciones que se leen con gusto.

Ya tendremos oportunidad de ocuparnos de ella más detenidamente.

El publicista D. Bernardo Mallén, de *motu proprio*, pero con autorización de nuestro Gobierno, emprendió la formación de un libro acerca de México, el cual fué destinado á circular profusamente en la Exposición de San Luis Missouri.

México.—Ayer y Hoy, se titula la publicación referida. Se hicieron de ella cuatro ediciones: una en castellano, otra en inglés, otra en francés y otra en alemán, con el fin de dar á conocer, lo más ampliamente posible, el progreso alcanzado por la República, desde el año de 1876 al actual de 1904.

Es el trabajo del Sr. Mallén, laboriosísimo á todas las luces. Presenta, de la manera más sintética, en el reducido espacio de 90 páginas, un considerable acopio de notas y datos estadísticos que, en conjunto, vienen á dar una idea amplia y perfecta de nuestro adelantamiento adquirido en el curso de los últimos 28 años, y

del valor efectivo de este país en el concierto de las naciones civilizadas del mundo. Creemos firmemente, que ninguna otra publicación de esa índole había llenado antes, como llena ésta, su objeto; y que la tarea del Sr. Mallén es digna del mayor aplauso y de la decidida protección del público-lector, por lo metódica y pacienzuda, así como por lo eminentemente patriótica.

* * *

Altamente simpática es la tarea que, desde hace algún tiempo, viene realizando *El Figaro*, de la Habana, al ocuparse, en casi todos sus números, de asuntos artísticos de nuestro país. Toca su turno, en una de sus últimas ediciones, al malogrado escultor Jesús F. Contreras, y á Gustavo Bernal, el barítono de bella voz que ahora se da á conocer en aquel culto centro.

M. Márquez Sterling, el panegirista de aquellos dos compatriotas nuestros, y especialmente de Contreras, que es de quien más se ocupa, es un escritor que sabe transmitir sus impresiones con ingenua gracia. Dice haber conocido en París al extinto autor de *Malgré tut*; hace un hermoso bosquejo de aquella alma tan bella, y rememora una promesa que á José Martí hiciera en México. «Cuando usted haga libre á Cuba, dijo al poeta-mártir, yo haré su estatua.»

Algún tiempo después, «cuando Gonzalo de Quesada y yo le vimos en París, dice Márquez, y nos presentó á Bernal, nos recordó su ofrecimiento á Martí. «Esa estatua tengo que hacerla, aunque sea con la mano izquierda. Es una deuda contraída con la gloria.» (Contreras ya había perdido su brazo derecho).

«Pero tenía otra deuda más grave con la muerte, agrega, y la muerte se lo llevó,

en plena gloria, y en plena juventud, después de horribles padecimientos. . . . »

La misma importante revista habanera, publica el clisé de una placa de plata, que, como un homenaje al Sr. Gral. Díaz, debe haberle remitido la Colonia mexicana residente en aquella capital, en ocasión de su última re-exaltación al poder. Trae también un grupo de los miembros de la citada Colonia, y un magnífico retrato de Gustavo Bernal.

* * *

Los que conocen á Fernán Caballero (Cecilia Döhol de Faber), como noveladora, y noveladora muy mediana, por cierto, ignoran, sin duda alguna, que, como *epistolière*, raya á gran altura. La Universidad de Chicago ha adquirido hace pocos meses, entre varios curiosos manuscritos, la correspondencia inédita, de la popular escritora, sostenida con el literato francés Antoine de Latour. Varios cientos de cartas forman esa correspondencia, y, según Alfred Morel-Fatio, autor de los *Études sur l'Espagne* (tercera serie, París, 1904), está para publicarse íntegra.

Asegura el mismo publicista, que Jorge Sand, como *epistolière*, merece colocarse al lado de Madame Sevigné, y que sus cartas tienen forzosamente que llamar mucho la atención, aun de los mismos españoles. Hay, sobre todo, dice, entre las muchas cosas características é interesantes de esas cartas, algunos juicios ú opiniones acerca de varias personalidades literarias, siendo bien peregrino el concepto que de su amiga y paisana, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, expresa por ahí á M. de Latour. A lo que parece, la autora de «La Gaviota» profesaba á la Avellaneda cierta gratuita adversión, de que jamás

llegó á hablar; pero que no vaciló en confesarla á un amigo, segura de que jamás llegaría á hacerse pública.

* * *

De más de 300 páginas se compone el último número de la revista chilena, *El Pensamiento Latino*. En su totalidad viene dedicado á los brasileros que, en el cruce-ro «Barroso,» visitaron no ha mucho á la gran república sud-americana, con el fin de estrechar, de una manera más afectuosa, los vínculos fraternales que unen á Chile y el Brasil.

El Pensamiento Latino es una publicación, á todas luces, importante. Tiene un programa amplísimo, y llenan sus páginas, regularmente, asuntos de Ciencias, Artes, Literatura, Pedagogía, Jurisprudencia, Industria y Comercio.

* * *

«Don Timoleón, ó la Ley del Montañés,» es el título de la obra dramática que obtuvo el premio en el concurso que, para ese género literario, abrió *La Miscelánea*, de Medellín (Colombia). Es autor del drama, el Sr. Lino R. Ospina.

* * *

Enérgicamente viene la revista barcelonesa, *Forma*, protestando contra el proyecto fatal, que una compañía de transportes ha concebido, de establecer en Granada un tranvía que suba á la Alhambra.

«Unimos nuestra voz, dice, á la petición de los artistas granadinos que, no pudiendo hacer otra cosa, se quejan del temible

proyecto de un tranvía eléctrico vibrante, silbante, polvoriento y ruidoso, que acarreará almas de cántaro al por mayor hasta las leves alturas de aquella soñadora Alhambra; aquella Alhambra que los geógrafos de los países más civilizados, ponen en el mapa de España, por pequeño que sea; Alhambra, de delicado cuerpo, que sólo resiste caricias amantes, discretas y veladas; y como todo sirve para demostrar una tesis; recuerde, quien haya asistido á ello, las invasiones periódicas de los viajes á precios convencionales, que convierten el voluptuoso Patio de los leones, en un bolsín de hombres zarandeados que no miran nada, ensimismados en la lectura de las guías, ú ocupados en lograr un disfraz de moro zarzuelero para deslumbrar á los socios y parientes que se quedaron en su tierra. El primer y mejor comentador de la tenue maravilla Nazarita, Washington Irving, subió al alcázar granadino, sin funicular ni tranvía, y, todos los que conservamos el recuerdo de aquellos alicatados aposentos, rindiéndole un culto sentimental parecido al de un amor ya lejano, hemos soñado allí en solitaria peregrinación ó en armónica compañía.

«Si Granada tiene alientos para luchar contra la destrucción de sus encantos, extenso campo se ofrece al cuidado de sí misma; introduzca la limpieza en las sucias callejuelas, ponga coto al lucro injustificado de unos hoteles que sólo tienen la pretensión del *confort*, añada aceite al enmohecido material de sus perezosos ferrocarriles, impida la profesión de mendigo y saque de los visitantes por los *cicerones*, y logrará mayores ventajas que convirtiendo las alamedas de la Alhambra en merenderos de propios y extraños, y si quiere levantar un movimiento de opinión que haga mella á las autoridades que puedan interponer su veto, provoque el parecer de todos los artistas del mundo, que

ya es cosa sabida hasta qué punto se interesan por aquel encanto de poetas, que continúa en pie por extraña casualidad; para ello, basta que los artistas granadinos recuerden á todos aquellos que se duelen de las periódicas destrucciones de la Alhambra, tanto, bajo forma de incendio, como de implacable é inoportuna restauración; recuerden los nombres, pídanles un parecer, y el resultado será altamente conveniente á los elevados intereses artísticos de Granada, que debiera vivir del encanto producido á todos cuantos las visitan.

«Y no se objete que, para el goce de unos cuantos, se impida el de los más, pues, cuanto peor sea el aspecto de la colina incensantemente mutilada desde los tiempos de Carlos V, peor será la situación de los que, hoy día, parece que se ganan la vida, contando con el largo pero agradabilísimo proyecto, que media desde el centro de Granada hasta el recinto del burgo real mahometano.

*
* *

En la revista *Estudios*, de Buenos Aires, el Sr. Enrique de Vedia, publica una curiosa carta sobre el «Cervantismo,» declarando, con una audacia de que él mismo hace alarde, que «no le gusta «El Quijote.» Y así. . . . ¡no más porque sí! aunque, según dice, «es incapaz de ser enemigo de nadie.» ¡Siquiera consuela que no sea enemigo de Cervantes!

El Sr. Vedia es director del Colegio Nacional y Central de aquella metrópoli, conste; pero, «en gustos se rompen géneros,» dice el adagio.

*
* *

De Chinandega, Nicaragua, es *Revista*

Centro-Americana, publicación quincenal, cuyo primer número recibimos, y que se propone servir de órgano al club que en aquella población trabaja por conseguir la unión de las repúblicas centro-americanas.

*
* *

La Quincena, de San Salvador, publica en su última edición una hermosa semblanza que, del poeta Leopoldo Lugones, hace el conocido *conteur* centro-americano Arturo Ambrogi.

Fisicamente, el celebrado autor de «Las Montañas de Oro,» es, según lo pinta su apologista, de tez morena, nariz azteca, ojos hoscos, montaraces, como dos panteiras negras en acecho bajo los arcos espesos de las cejas; bastante ancho de hombros y de cuello toruno; cabello recio y negro, desordenado, dejando caer algunos mechones sobre la frente; voz ronca y enérgica, un vozarrón lleno, sonando á clarinada; con aspecto de «ogro» á primera vista, pero encantador, franco y alegre cuando se le trata. . . .

Ahí tienen ustedes el retrato del sinfonista dannunziano de los «Cisnes Negros.»

*
* *

¿Qué es un poeta? se pregunta Rufino Blanco Fombona. He aquí la definición que da en seguida, en un articulito suyo, que la revista salvadoreña, *Gente Nueva*, trae en su último número. Es, dice, «un temperamento que vibra hasta ciertos leves impulsos de que muchos seres no se dan cuenta, y que sabe traducir esas vibraciones en encanto. Así, pues, mientras los impulsos, las causas externas, sean las mismas, mientras el mundo no cambie, los poetas conservarán cierto aire de se-

mejanza entre sí, llegando en ocasiones hasta la coincidencia. Y como el mundo apenas se transforma poco á poco, poco á poco se transforma el arte, aunque pueda tener múltiples manifestaciones en una época dada. El triunfo de la juventud, del vino y de las rosas, puede inspirar, como ha inspirado, poetas de Grecia y poetas de Persia. Pero el temperamento de cada poeta cuenta por algo. Así las mujeres que hacen reír á Quevedo, amargan á Musset, desesperan á Heine y matan á Acuña. Un poeta, Baudelaire, se pasma de voluptuosidad al olor de un viejo frasco donde hubo un perfume; y otro poeta, Víctor Hugo, se desata en lírica indignación cuando, en el remoto é ignorado rincón de un país ignorado y remoto, alguna mano de César oprime ó apuñalea el seno de la Libertad. Cervantes y Rabelais mueven á risa; Esquilo y Shakspeare á espanto; Luciano ríe de los dioses de Homero y Voltaire de la fe religiosa de Calderón. Pero no es fácil que un poeta de ahora se parezca á Hesiodo, por ejemplo, poeta que corresponde á otra modalidad de civilización, y sí puede coincidir, aun sin propósito deliberado, con Shelley, Hugo, Foscolo, Verlaine, Uhland, Casal ó Campoamor.

«Sólo que, siempre será el mayor poeta el más original. Mientras no se logre obtener una originalidad, aunque sea relativa, no se debe escribir. Más vale emplear el sentimiento artístico que se posea, en comprender y gustar á los maestros. Por eso yo preconizo el placer, raro y generoso, de la comprensión, de la admiración.

*
* *

Correctamente editado por la Secretaría de Fomento, acaba de publicarse en un folleto de 16 páginas, el Discurso Oficial

dicho por el Sr. Ingeniero D. Roberto Domínguez, en el acto de la distribución de premios á los expositores del último Concurso de Ganadería efectuado en Coyoacán.

Con toda oportunidad hizo la prensa diaria de la capital, el justo elogio de la referida pieza literaria y de las dotes oratorias del autor; por lo tanto, poco ó nada tendríamos que agregar á lo que ya se ha dicho: que, en resumen, el Sr. Domínguez es un orador de verbo rico y abundante, de palabra fácil y suasoria.

* * *

Sumario del último número *L'Ermitage*:

Les Liaisons dangereuses, por Fernán Causy; *Le chantre d'Antar* (poema), por Charles Verrier; *La Femme malade (nouvelle)*, por Jean; *Deux Poèmes*, por Louis Vandoyer; *Souvenirs dans la nuit*, por Eugène Marsan; *Croniques du Mois: Les Lectures*, por Henri Gheón; *Les Spectacles*, por Jacques Copeau; *Les Arts*, por Joseph Germin; *La Music*, por William Molard.

* * *

Con el año que empieza, se ha iniciado para *El Mundo Ilustrado*, de esta ciudad, una era de prosperidad y notable mejoramiento. Su último número extraordinario, el correspondiente al día de Navidad, es, en conjunto, uno de los más bien acabados que haya ofrecido á sus lectores, y una muestra palpable de todo lo que puede hacer llegar á colocarse muy pronto á la cabeza de todas las publicaciones ilustradas de la América latina.

* * *

Enrique de Sienkewicz, el conocido es-

critor polaco, cuya popularidad se hizo de la noche á la mañana con la publicación de «¿Quo vadis?» novela tan mediocre, histórica y literariamente, y que, por mediocridad y por su dogmatismo, priva tanto entre el vulgo, va á publicar, según dice *La Revue*, una trilogía que titulará: «En el campo de la gloria,» tomando por héroe principal al Rey Sobieski.

Sienkewicz trabaja actualmente en su nueva obra, á la sombra de los viejos ár-

boles que rodean el regio castillo que, no ha mucho, le obsequiaron algunos de sus admiradores compatriotas.

Se cree que «En el campo de la gloria,» superará notablemente á todas las novelas anteriores del popular escritor, y que su aparición en el mundo de las letras marcará una huella profunda. Eso, á lo menos, se deduce del bombo inusitado que los editores comienzan á hacerle.

L. C.



LA TRIBUNA MONUMENTAL



Distribución de premios

hecha á los alumnos del Colegio Militar, por el Sr. Presidente de la República, el 8 del corriente.

IV

quirido con el muchacho una buena ganga para lady Wondershoot, pues no le hacía más gasto que el de la comida. Pero esto no impedía que trataran al infeliz como á un parásito gigante que vivía de la caridad de la dama. En aquel tiempo, su ropa se reducía á una blusa de tela de saco, pantalones de cuero remendados y zuecos. Cubría su cabeza con una cosa extraña: una colmena desechada, de paja, que generalmente no llevaba puesta.

Caddles se movía en el hoyo de la cantera con gran seriedad; y cuando el vicario, en su paseo higiénico, llegaba allá al mediodía, lo encontraba saboreando la miserable comida que le destinaba la gran señora. Todos los días le llevaban el rancho: Una vagoneta de grano y de semillas sin mondar, vagoneta pequeña de ferrocarril semejante á las que él llenaba continuamente de cal. Dicha ración acostumbraba él acarrearla hasta un viejo horno de cal, donde la devoraba. Este alimento lo mezclaba en ocasiones con un talego de azúcar. A veces, se le veía chupar un pedazo de sal como los que se dan á las vacas, ó comerse, con hueso y todo, un gran montón de dátiles, como los que se ven en las grandes capitales en los puestos de venta.

Para saciar su sed, iba á un arroyuelo más allá del sitio donde había estado la incendiada granja experimental de Hickleybrow y donde bebía directamente echado de bruces.

Este modo de beber que tenía el niño produjo sus naturales y lógicas consecuencias: una vez desprendióse de la boca del gigante un poco de alimento de los dioses, que hizo desarrollar inmensamente algunas plantas que crecían á la orilla del río; luego, grandísimas ranas, enormes truchas y carpas; y, por fin, una exuberante vegetación que cubrió todo aquel pequeño valle.

Y al cabo de un año, empezaron á crecer de tal modo los gorgojos monstruos del campo de enfrente del herrero, que se convirtieron en terroríficos saltadores y moscones, que los chicos llamaban de *motor*, y que obligaron á salir fuera de aquellos lugares á lady Wondershoot.

Pero pronto iba á entrar el alimento en nueva fase de actividad para el muchacho.

Pues á pesar de la muy sencilla instrucción que le daba el vicario, instrucción que tendía á redondear la vida modesta y natural de un campesino gigante, el chico, del modo más terminante, empezó á hacer preguntas queriendo investigar el por qué de las cosas. . . Es decir, que empezó á pensar. Era evidente que al pasar de la infancia á la adolescencia, su espíritu tuvo procedimientos propios y fuera del alcance del vicario, el cual creyó conveniente ignorar este aflictivo fenómeno, aunque no dejaba de sentir su existencia.

Materia más que bastante para hacer reflexionar al gigante rodeaba á éste por todos lados. Involuntariamente, con tan inmensos horizontes y pudiendo dominar las cosas todas, tenía que ver muchísimo en la vida de los hombres; y cuando vió que él también, á pesar de su exagerado tamaño, era un ser humano, comprendió de cuántas cosas le privaba su tristísima condición: el bullicio de la escuela; los misterios de la religión á que asistían todos tan compuestos y que exhalaban tan dulces melodías; los cantos y coros joviales que llegaban á él desde la taberna; las habitaciones resplandecientes de luz y de fuego que distinguía desde su obscuridad; ó bien los gritos de excitación de los mozos que en trajes de franela se dedicaban al sport del *cricket* en el ancho prado y que él no comprendía aún del todo, le hablaba á gritos en lo más íntimo de su corazón ansioso de compañía.

Según iba convirtiéndose en adolescente, tomaba un interés vivísimo en los procedimientos de los enamorados, en aquellas preferencias, aquel aparejamiento y aquellas intimidades que son tan esenciales en la vida. Un domingo, á la hora en que salen las estrellas y los murciélagos, y también los amores rurales, vió á una parejita enamorada en el *Sendero del Amor*, camino que está cerrado por una gruesa valla que termina en Upper Lodge: los amantes daban rienda

suelta á sus emociones, completamente seguros en aquella semi-obscuridad crepuscular, pues cualquiera que pudiera interrumpirlos, tenía que ser visto por ellos al subir el camino, y la valla, de doce pies de altura, hacia las demás, parecía garantizarlos completamente contra la indiscreción. Pero, de repente, sin saber cómo, fueron levantados y separados con una fuerza increíble; y se volvieron á ver levantados en alto, sostenidos por un pulgar y un índice cada uno, y con los ojazos castaños y perplejos del joven Caddles fijos en sus caras rojas y ardientes. . . . Quedáronse, como es natural, mudos, ante lo extraño de su situación.

—¿Por qué les gusta á ustedes estar tan solos? —preguntó Caddles.

Supongo que el embarazo continuó hasta que el novio, recordando que era hombre, empezó con vehemencia á gritar, amenazar y blasfemar varonilmente, como era propio de las circunstancias, conminando con graves castigos si no se les dejaba en el suelo en seguida. Con lo cual el joven Caddles, recordando sus modales, los puso con la mayor cortesía y cuidado en tierra, convenientemente cerca para que pudieran reanudar sus coloquios; y después de vacilar un poco, desapareció de nuevo en la penumbra. . . .

—Puede usted figurarse nuestra situación —me ha dicho después el infeliz novio.— No nos atrevíamos ni á mirarnos, y yo, singularmente, hacía una tristísima figura. . . . Y lo más raro es que ella me echó á mí la culpa: me insultó y ya no quiso hablarme ni una palabra al volver á casa.

El gigante se había propuesto seguir investigando: de eso no había duda. Su espíritu le interrogaba continuamente. Preguntaba poco, y aun las pocas veces que se atrevía á hacerlo no era sin turbación ni entorpecimiento.

Sobre su madre caía un verdadero chaparrón de preguntas, como es natural. El muchacho entraba por el corral, que estaba detrás de la choza de sus padres, y después de inspeccionar bien el terreno, por si había gallinas ó pollos, se sentaba, apoyando

la espalda en el pajar. En seguida, se le subían los pollos, que ya le conocían, á la ropa para picotearle la cal que le quedaba en las costuras. Y cuando el tiempo estaba húmedo, el gatito de la señora Caddles, que nunca había perdido la confianza que tenía en el gigante, encorbaba su cuerpo, entraba escapado en la choza, y se dejaba caer desde la ventana de la cocina subiéndosele por las piernas, arriba derecho hasta el hombro: allí paraba un momento y ¡zás! abajo otra vez, y así sucesivamente. A veces le clavaba de pura alegría las uñas en la cara, pero el niño nunca se atrevía á tocarle por el temor de que el peso de su manaza pudiera perjudicar al frágil animalito. . . . Además de que al gigante le gustaba gran cosa que le hicieran cosquillas.

Al poco rato, empezaba á hacer preguntas á su madre y le decía:

—Madre, si es tan bueno trabajar, ¿por qué no trabajan todos?

Su madre le miraba y respondía:

—Es bueno para gente como nosotros.

El chico meditaba un rato y volvía á decir:

—¿Y por qué?

Y al no recibir contestación, proseguía:

—¿Para qué sirve el trabajo, madre? ¿Por qué he de estar yo sacando cal, día tras día, y usted lavando, mientras lady Wondershoot va en coche y viaja por esos hermosos países del extranjero que usted y yo, madre, no hemos de ver jamás?

—Es que ella es una señora —contestaba la Caddles.

—¡Ah!—decía entonces el muchacho.

Y se quedaba profundamente pensativo, los ojos fijos en alguna cosa.

—Si no hubiera gente rica que proporcionara trabajo, ¿cómo íbamos á mantenernos los pobres? —decía la madre.

Esto necesitaba tiempo para poderlo digerir el muchacho.

Luego, volvía á la cuestión diciendo:

—Madre, si no hubiera gente rica, ¿no pertenecerían todas las cosas á gentes como nosotros? . . . Y si eso fuera. . . .

—¡Dios nos ampare! ¡Diablo de chico!—contestaba entonces la madre, que desde la

muerte de la vieja Skinner había adquirido individualidad propia y vigorosa.—Desde que tu pobre abuelita murió, no hay quien te sujete. No has de hacer preguntas y así no te contestarán mentiras. Si yo empezara á contestarte con seriedad, tu padre podría ir por ahí mendigando la cena y yo dejar tranquilo el lavado.

—Está bien, madre —solía decir Caddles después de mirar sorprendido á su madre. —No lo hago por molestarte. . . .

Y se marchaba muy pensativo.

V

Caddles seguía pensando aún cuatro años después, cuando el vicario, no ya maduro, sino pasado, le vió por última vez.

Debe el lector figurarse al anciano algo más viejo, flojo de cintura y más apelmazado y debilitado en sus pensamientos y discursos; lo único que permanecía brillante eran los ojos, especialmente cuando veían todo el trastorno que había producido el alimento de los dioses en el pueblo y en su persona. Es verdad que la substancia le había asustado y molestado á veces; pero ¿no seguía, á pesar de ella, vivo y sano?

¡Al cabo de quince años, ya se había convertido el trastorno en una costumbre más!

—Admito que sea un trastorno —decía el buen hombre— y convengo en que las cosas son diferentes. . . . Diferentes en varios sentidos. Hubo un tiempo en que un muchacho podía ir á escardar; hoy tiene que hacerlo un hombre con sierra y palancas de hierro, es decir, en algunas partes de la espesura. Y nos resulta raro á los viejos hechos á lo antiguo, que lo que en este vallecito, aun hasta en la parte del río, antes de regar era trigo bajo, como también lo es este año, hoy alcance ocho metros de altura. Hace veinte años se usaba aquí la anticuada guadaña para segar, y se traía toda la cosecha en una carreta, tan satisfechos y contentos todos, que la fiesta terminaba en un poco de borrachera y otro poco de amoríos. . . . ¡Pobre lady Wondershoot, qué poco le

gustaban á ella las innovaciones! ¡Era tan conservadora la buena lady! Siempre dije que había cierto toque del siglo XVIII en su persona. En su lenguaje mismo, por ejemplo, era vigorosa y ruda. Murió relativamente pobre. ¡Yerbas enormes penetraron en su jardín! No era de esas mujeres aficionadas á la jardinería, pero quería que su jardín estuviera en orden perfecto y que las plantas crecieran en el sitio en que habían sido sembradas, y según sus órdenes, bajo severa disciplina. La manera de crecer las cosas fué inesperada y le trastornó las ideas. . . . No podía soportar la continua invasión del niño monstruo, hasta que, por fin, le dió la manía de figurarse que éste la miraba continuamente por encima de las vallas. . . . No pudo tolerar que el gigante fuera tan alto como su casa. . . . ¡Esto se oponía á sus ideas sobre la proporción! ¡Pobre señora! . . . Yo esperaba que viviera más. Pero la cosa se precipitó á causa de los enormes saltadores que nos invadieron durante un año ó más. Estos animales procedían de las larvas gigantes, seres repugnantes, grandes como ratas, que salieron del césped del valle. . . . Pero también las hormigas monstruos contribuyeron á ello. . . .

«—Desde que todo está trastornado —me decía la pobre señora,—desde que en ninguna parte hay tranquilidad ni sosiego, lo mismo puedo estar en Monte-Carlo que en otra parte cualquiera del mundo.»

Y allá se fué la buena y gran señora. Me dijeron que jugó con mucho atrevimiento y murió en el hotel, allí mismo. ¡Qué fin tan triste! Primero, el destierro; luego, no hallar una muerte digna de su persona. . . . ¡Y eso que le había correspondido, por ley natural, dirigir un pueblo inglés! . . . ¡Desarraigada, arrancada de su casa solariega! . . . ¡Pobre señora!

—Después de todo —proseguía el vicario— no tiene importancia, aunque sea molesto. Los niños ya no pueden estar solos, ni correr en libertad, por temor á las picaduras de las hormigas y demás. . . . Acaso sea esto conveniente. . . . ¡Se habló mucho, como si la substancia esa fuera á revolucio-

nar el mundo! . . . Sin embargo, hay algo que se resiste á todas las fuerzas de este alimento. . . Es decir, yo no lo sé. No pertenezco á esos modernos filósofos que quieren explicarlo todo con éter y átomos. ¡Evolución! ¿Habrá simpleza mayor? . . . Lo que yo quiero decir es algo que no está incluido en ninguna de las ciencias terminadas en *ología*. Es materia de razón, de entendimiento maduro y reflexivo, y no de percepción inmediata; es algo de la naturaleza humana; algo, sin embargo, constante, perenne, eterno, llámese como quiera.

Y discurrendo así fué como el vicario llegó á ver por última vez al gigante.

El vicario no tuvo aviso de que el monstruo se le acercaba. Dió su paseo acostumbrado hacia Farthing Down, lo cual había hecho año tras año, subiendo al sitio donde acostumbraba á observar al joven Caddles. Subió por el borde de la cantera con alguna dificultad: había perdido el hombre su paso firme y cristiano de aquellos tiempos. . . Pero Caddles no estaba trabajando. Y al apartar el vicario los gigantes helechos que empezaban á obscurecer y cubrir la entrada de la cantera, vió la forma inmensa del monstruo, sentado en la colina, reflexionando, al parecer, sobre el mundo. Tenía las rodillas dobladas, y en ellas apoyaba los codos, y la mejilla en la mano, con la cabeza un poco ladeada. Daba la espalda al vicario, de modo que aquellos grandes ojos perplejos no podían ser vistos por éste. Debía meditar con intensidad grandísima, porque se hallaba en completo reposo. . . . No volvió la cabeza, ni supo que el vicario, que había jugado tan importante papel en la historia de su vida, le había mirado entonces

por última vez: el gigante ni siquiera había notado la presencia del vicario. . . ¡Así tienen lugar muchas separaciones en el extraño mundo en que vivimos.

Al vicario se le ocurrió esta vez que, después de todo, no había nadie en el mundo que tuviera la más ligera idea de lo que aquel monstruo enorme pensaba cuando creía conveniente descansar de su trabajo. . . Pero, ya era demasiado indolente para seguir tan nuevo tema en aquel día, y volvió á caer, desde la idea sugerida, en sus antiguas y hondas reflexiones.

—*Aere perennius* —murmuró, volviéndose despacito á su casa por un sendero que no corría derecho á través del prado, sino que lo rodeaba para evitar las matas gigantes recién salidas en aquél.

—No —nada ha cambiado. Las dimensiones no son nada. . . La curva sencilla, el camino ordinario. . . .

Y aquella misma noche, sin dolor y sin saberlo, él mismo se marchó por el camino ordinario, fuera de aquel misterio de transformación que se empeñó en negar mientras vivió. Le enterraron en el cementerio de Cheasing Eyebright, cerca de un tejo, del árbol más grande que allí había; y la modesta lápida, que llevaba su epitafio y que terminaba en *Ut in Principio, nunc est et semper*, fué ocultada á la vista casi en el acto por una masa de yerba de espiga gris, demasiado gruesa para la hoz y para las ovejas, la cual, á manera de niebla, iba cubriendo el pueblo, á medida que brotaba de la humedad fecunda de los prados en que el alimento de los dioses había estado en actividad.



CAPITAL, \$2.000,000

Se encargan del recibo y pago de gastos de mercancías nacionales, nacionalizadas y extranjeras, sobre las cuales hacen el despacho aduanal en el puerto de Veracruz y en la ciudad de México; las depositan en sus almacenes en Santiago Tlaltelolco y facilitan fondos sobre ellas con tipos moderados, ó bien, una vez verificado el despacho aduanal, las remiten á orden de los interesados, cobrando en este caso una pequeña comisión: por último, y siempre que así lo desearan los propietarios de las mercancías, se encargan de su venta.

El 1.º de Julio de 1904 empezó á regir la ley que autoriza el despacho aduanal en la ciudad de México y el depósito fiscal en nuestros almacenes, hasta por un año, sin que sea necesario pagar los derechos sino á la extracción parcial ó total de las mercancías para su consumo.

Oficinas:

San Agustín núm. 14.

Santa Bárbara núm. 14, Santiago Tlaltelolco.

EL DIRECTOR GERENTE,

JESÚS SALCIDO Y AVILÉS.

LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-
timulan el apetito y
producen sangre y
fuerzas, destruyen
todo germen de Ma-
laria ó Paludismo,
sin ser purgantes

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales

al Comercio.



Las enviamos
á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite
le enviaremos "gratis"
un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

MEXICO, D. F.—Apartado Postal 2357.